

IESVS
+
CÁRITAS

ANTONIO LÓPEZ BAEZA
DISCÍPULO Y POETA

**«Sé de quién me he fiado»
(2 Tim 1,12)**

Julio- Septiembre de 2019

ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,
me abandono a Ti.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí
te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad
se haga en mí
y en todas Tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en Tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en Tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller
Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat
C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería
manuel.pozooller@diocesisalmeria.es;
y redaccion@carlosdefoucauld.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador
C/ Lopán 47, 4º, H. 04008 – Almería
maikaps73@gmail.com

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Josep Valls: jvalls@tinet.cat;
y administracion@carlosdefoucauld.es

REDACCIÓN

André Berger: andrebeni@gmail.com
Vicent Comes Iglesia: vicoig@yahoo.es
Hta. Josefa Falgueras: josefagermaneta@gmail.com
Antonio Marco Pérez: amarco929@gmail.com

COLABORADORES

Gabriel Leal Salazar, Aurelio Sanz Baeza,
Ana Mª Ramos Campos, Antonio Rodríguez Carmona.

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica
La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael
04230 – Huércal de Almería (Almería)
c.e: administracion@imprentaubeda.com

DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

El Boletín en formato papel no se vende. Se sufraga gracias a los donativos y colaboraciones económicas de sus lectores y amigos.

NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Háganos llegar este impreso a: COMUNITAT DE JESÚS.
Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 Barcelona
o bien a c.e.: administracion@carlosdefoucauld.es

MODO DE ENVIAR MI COLABORACIÓN ECONÓMICA

Residentes en España: Donativo anual, 20 €

A) Opción preferente: suscripción con domiciliación bancaria:

DATOS PERSONALES

Nombre y Apellidos.....
DirecciónNº Piso Puerta
Código Postal Población Provincia

DATOS DE LA CUENTA

Nombre de la Entidad Bancaria.....
CODIGOINBAN: (24 DIGITOS) ES __, ____, ____, ____, ____, ____
Nombre del titular de la Cuenta

Autorizo a la administración de la “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España” para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba

Fecha:

Firma:

B) La opción alternativa: suscripción por transferencia bancaria a: Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín “Iesus Caritas», entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278.

Residentes en otros países: Donativo anual, 25 €

Como única opción transferencia bancaria a “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín “Iesus Caritas”, entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278 BIC (Código Internacional de Identificación Bancaria en el sistema SWIFT): CAIXESBBXXX - Divisa: Euros.

Editorial

AGUA DE MUCHOS VENEROS VENIDOS DE UN SOL REMOTO

En este número del BOLETÍN queremos rendir homenaje de gratitud al entrañable amigo y director de nuestra publicación desde el año 1976 a 1983. Alrededor de siete años fecundos Antonio López Baeza, con la apreciada ayuda de Antonio Ramos Estaún, dio entidad y contenido a la publicación que nació modestamente para informar y mantener la comunión entre las familias que encontraban su motivación evangélica en la vida de Carlos de Foucauld. A él debemos la actual maqueta inspirada en la revista Pastoral Misionera que, en aquella época, contaba como director a su amigo y paisano Fernando Urbina de la Quintana. Antonio se despidió de la dirección, nunca de la colaboración con el Boletín, con el número 1 del año 1983, que apareció impreso con el título «Francisco o la alegría perfecta. La alegría, aportación cristiana a un mundo amenazado». Por entonces la publicación era bimensual. La hemeroteca del BOLETÍN es archivo precioso que guarda para siempre su pensamiento y su espiritualidad. Los índices, publicados con motivo de los números 100 y 200 de la época actual, nos ofrece un hermoso elenco de sus colaboraciones.

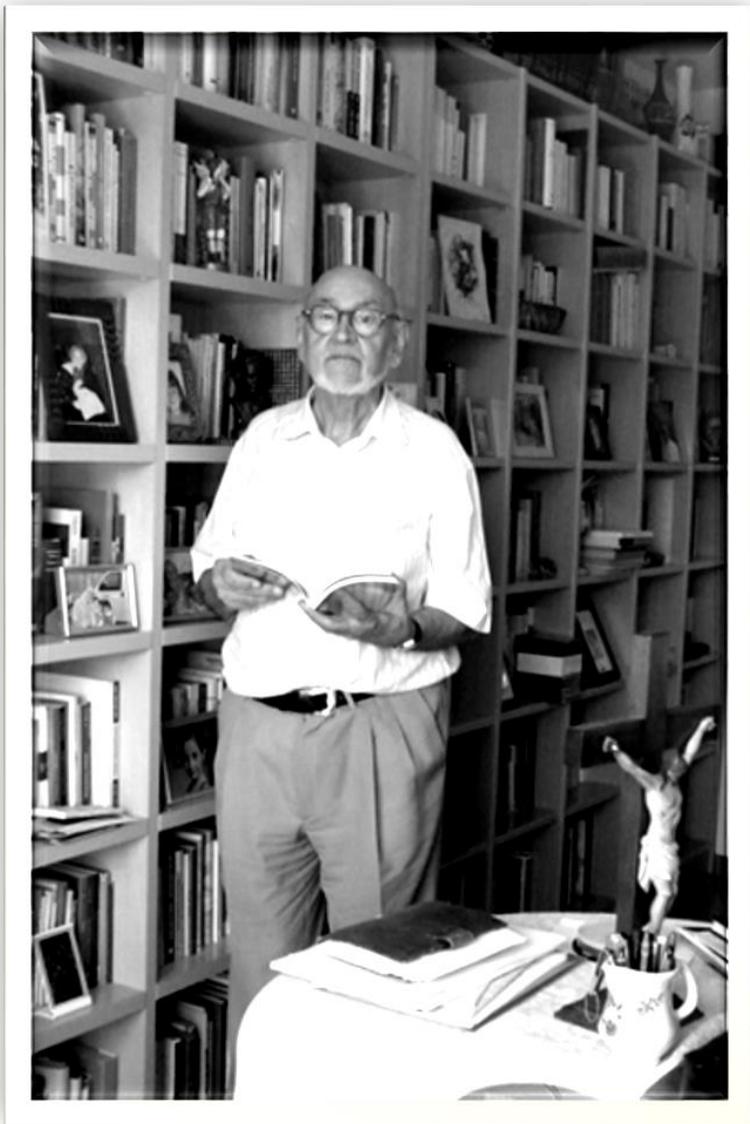
En estas letras introductorias quiero recordar algunas notas biográficas que guardan relación con la espiritualidad foucauldiana. Otros, desde otras perspectivas, ayudarán a recordar los rasgos de una personalidad rica en humanidad y desbordante en espiritualidad. El Papa san Juan XXIII y el II Concilio del Vaticano fueron siempre orientación y estímulo en su vida sacerdotal. Ponerse al día para servir a la humanidad, especialmente a los jóvenes y más pobres, fue el eje axial de su vida y ministerio. Tenemos presente su trabajo en la Juventud Obrera Católica (JOC) y en la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y su vida compartida en barrios populares.

No exagero si afirmo que su personalidad chorreaba Evangelio. Muchas veces le oí el impacto que le produjo la lectura del *Corazón de las masas* de RENÉ VOILLAUME en sus años de formación seminarística. Su corazón inquieto y en permanente búsqueda le llevó a participar en el primer Mes de Nazaret celebrado en España junto a otros murcianos (Antonio Sicilia y José Marco) que asumieron la aventura de iniciar una fraternidad sacerdotal cuyos frutos apostólicos y pastorales llegan hasta nuestro hoy. Fruto del mes de Nazaret fue el compromiso de reunirse un grupo de sacerdotes para orar, hacer revisión de vida, practicar el desierto y ayudarse humanamente. Aquí es obligado citar la casa de oración en la Cresta del Gallo, cerca de la ciudad de Murcia.

El Mes de Nazaret se celebró en la sierra de Cazorla, en el paraje denominado cerro Miguel con asistencia de catorce sacerdotes, de nacionalidades diversas. Corría el año 1976 y Antonio se hallaba implicado, además de los movimientos y grupos citados, con los movimientos de la no-violencia con trato y relación con el Arca, fundación de Lanza del Vasto, que contaban con una comunidad en la Longuera.

El Consejo de Redacción de nuestro BOLETÍN, con la ayuda del Dr. Bernardo Pérez Andreo, ha confeccionado con mucho cariño este número que ahora ofrecemos a nuestros lectores echando mano de la obra inédita de nuestro amigo difunto y, en especial, del ensayo titulado «Existencia cristiana y plenitud humana. Realizarse como persona en el seguimiento de Jesús». A estos trozos escogidos hemos querido añadir unos poemas, también de su obra inédita, que llevan por nombre *Obligado Testamento* y que, en verdad, dan fe de toda una vida como él bien escribe: «Guarda mi poesía / corazón de silencio, / miradas de entusiasmo, / latidos de recuerdos. / Es mi vida y mi muerte / en abrazo despierto, / mi voz pura cantando, / mi ser libre, sin dueño (*Porque he creído en el amor*. Inédito).

MANUEL POZO OLLER,
Director.



Antonio López Baeza

ODA A CRISTO RESUCITADO
¿Por qué buscáis entre los muertos
al que está vivo? (*Lucas, 24, 5*)

Mi corazón se agita con un hermoso canto;
las fibras de mi ser se templan de alegría
para decir la gloria de tu inmensa belleza.

Eres toda la luz que el mundo necesita;
eres todo el amor que el corazón reclama;
eres toda la paz que estalla en armonías.

Avanza victorioso sembrando la justicia
que sólo de ti esperan los pobres y abatidos:
¡destierra para siempre la opresión y el escarnio!

Un pueblo libre surge vitoreando tu paso,
reconociendo, oh Rey, que has vencido a la muerte
y a todos nos conduces a los eternos pastos.

El favor de tu Dios te ensalza y te corona
con la pura alegría de saberte el primero
entre muchos hermanos en tu victoria ungidos.

Eres el que fecunda todas nuestras tristezas;
eres el Nuevo Esposo, portador de ternuras,
que convierte en vergel los más adustos paramos.

En ti toda la verdad nos aguarda y trasciende;
en ti toda bondad nos acoge y eleva;
en ti toda belleza en Dios nos introduce.

Mi corazón se agita con un canto de fiesta:
has tocado mi lengua con tu inasible gracia
y mi carne rebosa de admiración y asombro.

(Salmo 45, 1-10)

ANTONIO LÓPEZ BAEZA,
Canciones del hombre nuevo (1983-85)
(Burgos 1986) 76.

Testimonios y Experiencias



AL FIN DE LA JORNADA

LLEGADO estoy al fin de la jornada.
Todo lo di a lo largo del camino.
Sólo me resta amar mi propio sino,
sin, de mi entero ser, despreciar nada.

Cuanto he sido y seré es gracia dada,
que me fue señalando mi destino:
ora jardín en flor; ora, en espino;
mas siempre, tras de amor, una llamada.

Cuando se siente que el final está
coronando la cumbre de la vida,
sin que, temor alguno, la partida
empañe, dueña ya de su paz...

¡Cómo a la gratitud se vence el alma,
confiada a la muerte en dulce calma!

ANTONIO LÓPEZ BAEZA,
Poesía como comunicación,
abril-mayo 2017. Inédito

A LA SOMBRA DE LOS ALMENDROS EN FLOR

*Hay en mi tierra un milagro
que hace enmudecer al cielo...
¡El almendro florecido
en el corazón de enero...!
(Inédito)*

Antonio López Baeza ha completado su vida en plenitud este 10 de enero de 2019, como le gustaba a él, bien temprano, a las seis de la mañana, de una mañana de enero en las que solía ir a contemplar la floración del almendro, el milagro renovado cada año que nos habla de una realidad más profunda que penetra la vida y la muerte: la resurrección. No ha querido perderse la floración este año tampoco, pero ha preferido asistir a su propia floración. Su cuerpo, ya desvencijado por la edad y los dolores, cual tosco tronco de almendro, ha dado la más bella flor que pudiéramos contemplar: acostado en su cama, con los brazos apoyados tras la nuca, con la sonrisa clara, como si contemplara ya definitivamente los glaucos campos florecidos de la casa del Padre. Con el gozo de quien sabe que todo está cumplido, nos ha dejado para abrazar la belleza sin término en el abrazo que no acaba.

1. Nos ha legado una obra, pero antes que todo una vida; vida y obra son una sola cosa en Antonio, para él escribir es vivir y vivir es escribir. No hay hiato posible. La escritura hace patente lo que en la vida está en estado de latencia; mediante las palabras emborronadas, el ser va siendo, se hace consciente de sí y cobra, recobra, la plenitud marcada en el origen por la voluntad amorosa de Dios, que nunca quiso crearnos sin contar con que nosotros tomáramos parte en nuestra propia recreación constante y diaria de nuestra vida como proyecto de sentido y más allá del sentido. La escritura, como epílogo de la lectura y prólogo de la propia vida, se convierte en un

palimpsesto inacabado. Otros escribieron antes y otros escribirán después, borrando lo escrito y escribiendo sobre lo anterior, en un constante tejer y destejer a la espera de la vuelta del Amado.

Escribir, arar los surcos del sentido, es, en Antonio, tejer la propia vida en el telar de la humanidad con los hilos sueltos del pasado lanzados al futuro para que las generaciones venideras mantengan la llama de la esperanza del ser más profundo: la fraternidad universal. Escribir, restañar las heridas de la propia existencia, es saldar la deuda universal con los que fueron y pasar el testigo a los que nos esperan, confiando en Dios como garante último de la existencia, y trabajando como si todo dependiera de nosotros. Escribir, hollar el tiempo dejando la estela de lo sido es dejar el rumbo a otros náufragos sin esperar permanecer más allá de la propia experiencia, sabiendo que en todo hombre se vive, en cada experiencia humana con anhelos de universalidad, que en cada abrazo está presente el amante eterno en el que nos fundimos entrelazados.

Escribir, vivir, pero nunca morir, porque la muerte es la existencia inauténtica de los que no han sabido vivir como hermanos en medio de un mundo que es, siempre y solo, don absoluto, y, por tanto, deuda por saldar, que no amortizar. Por eso mismo, vivir es abrazar cuanto ha sido puesto ante mí para conferirle mi propia impronta y convertirlo en oblación; hacer de la propia existencia una acción de gracias que responde a la invitación a la vida que se hizo al venir a este mundo. Dar gracias, vivir y escribir son, en Antonio, momentos distintos de un mismo movimiento interior de respuesta al amor primero.

2. Vivir en el abrazo es borrar la grieta que en el ser se hizo al venir al mundo, es restañar la herida del origen por la que la pequeñez del ser recién nacido se ha hecho un hueco en la inmensidad del Universo. Vivir en el abrazo es superar la separación y encontrar la unidad en lo que nos divide y separa, mas nunca nos deshace en la indiferencia. En el abrazo, cada ser sigue siendo único, sigue existiendo como lo que es, pero

en plenitud. La poesía de Antonio es la expresión temporal indeleble del abrazo como categoría existencial. Todos sus versos, cada una de sus palabras, destilan la unidad que su ser emana con naturalidad y empujan al lector a hacerse uno con él, uno con la humanidad, uno con Dios.

3. El abrazo es sacramento porque expresa eficazmente lo que Dios mismo ha mostrado de su ser: la comunión amorosa, la entrega incondicionada, el don gratuito, la fruición del abandono en el otro. Ahí es como Dios puede ser experimentado por el hombre en todas las dimensiones que lo constituyen como hijo de Dios y por eso el abrazo es la imagen más perfecta y a la vez la profecía de la amistad más incondicional que el hombre pueda esperar.

El ser sacramental del abrazo viene también expresado en su misma materialidad. En el origen, sacramento identificaba las dos partes separadas de un pacto firmado. Al reunirse ambas partes se reconstituía el pacto; al reunirse varios hombres en el abrazo se reconstituye el pacto originario, se cierra la herida primitiva, se clausura la soledad inmensa del ser venido a este mundo y necesitado de comunión. El abrazo, sacramento de la unidad divina, expresa la necesidad antropológica de unión con lo que nos rodea. Por ello, también, el abrazo es el pago de la deuda con la vida, con el mundo, con la naturaleza, con la historia, con los hombres, con Dios.

Si algo debe ser considerado el núcleo fundante de la vida y obra de Antonio López Baeza es Jesús de Nazaret. Él es la inspiración constante de su vida y de su obra escrita. En él ha encontrado el fondo sereno do mana la fuente pura de su existencia. Jesús es su modelo único, aquel que desde niño se convirtió en líder de su alma infantil, ídolo del adolescente que buscaba, modelo de vida en la madurez, modelo único de toda la existencia, repite una y otra vez. Porque Jesús es la sencillez más pura, la naturalidad sin doblez, la transparencia máxima de Dios en la Humanidad Peregrina. Volver a Jesús, volver a Nazaret, este es el lema de la experiencia vital y creyente de Antonio, esta es su forma de saldar la deuda, de abrazar a la humanidad y en ella a Dios mismo que se hace hombre en el

corazón de cada ser humano que se abre al misterio del otro y se entrega en cada gesto, en cada acto, en cada obra. Volver a Nazaret será el camino seguro para la Iglesia, a la que tanto ama Antonio y por la que tanto llora Antonio, porque en la Iglesia, prefiguración de la humanidad unida en la fraternidad universal, los hombres tienen su plenitud de hijos.

Dejo aquí los que son con toda probabilidad los últimos versos escritos por Antonio y que resultan un epitafio de su existencia:

*Saber que he de morir,
sin duda, en breve.
Y esperar que, en lo eterno
que nuestra fe promete
-en el abrazo universal con Dios-,
¡tú y yo seamos presentes!
De Una amistad verdadera (Inédito)*

BERNARDO PÉREZ-ANDREO,
Dr. en Teología y Filosofía.
Prof. Instituto Teológico de Murcia

LA POESÍA Y LA MÍSTICA COMO BIOGRAFÍA

Cura, poeta, místico, escritor, amigo, pensador, cristiano cabal... la ficha personal de Antonio López Baeza es admirable, ¡una verdadera maravilla!, un ser auténticamente excepcional.

Antonio, el buen Antonio, el amigo que siempre, ¡siempre! tenía los brazos abiertos para acogerte, los oídos atentos para escucharte, el corazón a punto para comprenderte. El compañero generoso, servicial, respetuoso, dialogante, pronto y sencillo, sin la más leve brizna de malicia. Antonio, intuitivo de causas nobles, adherido a ellas con generosidad, luchador celoso por sembrar amor, reacio a entregarse o a someterse por demanda del capricho, del borreguismo, del

autoritarismo. Amante del gozo y la alegría, con unas inmensas antenas para la comprensión. De ahí que uno lo sienta, lo añore, lo eche de menos como amigo. Su amistad profunda, limpia y luminosa, ha sido, para mí, uno de los grandes regalos del buen Dios. Un regalo impagable. Habíamos hablado largamente por teléfono, habíamos buscado fecha para mantener el ritmo nuestras comidas mensuales, me tenía preparado su último libro (que ya lo había leído yo antes de darlo a la editorial) cuando me comunicaron su muerte. ¡Cómo quedé herido! Me fallan las palabras para expresar tanto dolor. Necesité hablar con amigos comunes y también ellos estaban consternados, todos, irremisiblemente impotentes, abrazados en el llanto, sublevados, estrujando nuestro sufrimiento, entrelazando manos, ojos y corazón, dejando salir un torrente de debilidad, de rabia, de ternura. Sobrecogidos por la mudez de su cuerpo quieto, yerto e inmóvil.

Antonio López Baeza se ha ido a la Casa del Padre. Pero nos ha dejado aquí, en esta tierra que tanto amó, numerosas las mediaciones que nos dan la hermosa posibilidad de seguir escuchando al amigo, al místico, al poeta, al cura lleno de inquietud evangelizadora. Una personalidad tan completa, tan rica y tan madura no es posible meter, ni siquiera lo más relevante, en un artículo. Les señalo algunos de sus numerosos libros. Su lectura es la mejor luz para conocerle. Anoten: Luz en el tiempo. Murcia 1974; Poemas para la utopía (4a. edc), 1983; Canciones del hombre (2ª edc), 1986; Imágenes y profecías de la amistad, 1993; Experiencia con la soledad (2ª edc). 1998; Ráfagas del espíritu, 1999; Contemplación de Navidad, 2000; Un Dios locamente enamorado de ti (3ª edc), 2009; La vida más allá del sentido, 2010; Los cantos del espíritu; Los sonetos de mi vida; La desnudez y el abrazo; Naturaleza y gracia (Tao-Te-King); Nuevas ráfagas del espíritu; Corazón de tierra; Queda el amor.

Escuchemos la palabra de Antonio L. Baeza, que será la que más nos ayude a conocerlo:

«La identidad cristiana la tengo como el valor raíz de todas las otras facetas de mi identidad. Ni engaño a nadie ni me engaño a mí mismo si digo que Jesús de Nazaret, su vida y su mensaje del Reino me sostienen y alientan en el corazón de tantas noches que me ha tocado vivir en el mundo y en la Iglesia, lo mismo que digo en este poemilla: “Solo toca las estrellas/ quien nunca temió al abismo./ En el silencio del alma/ se oye cerca el infinito./ Las raíces puras del ser/ son del misterio testigos/ Amor que no sufrió muerte/ no fue de sí mismo digno./ La mayor gloria del hombre/ vivir de ella desposeído./ Y el éxito más seguro/ guardar paz en el conflicto./ ¡Nadie es libre si no encierra/ un corazón manso y limpio/ como el corazón de Cristo!”».

Antonio, amigo, hermano, el dolor de tu ausencia nos recordará siempre la grandeza de tu mensaje. Tú fuiste el recién nacido que lloraba su primer llanto en la casa número 16 de la calle San Juan, del hermoso pueblo de Archena, y que, al empezar la vida, respiró como todos el aire de la humanidad, comienzo de su amor a la vida.

«A este mundo todos venimos a aprender a amar y doy testimonio de que el amor y el llanto (íntimamente relacionados entre sí, hasta ser inseparables) son el camino único – un camino en lo imposible- de realización humana».

JUAN FERNÁNDEZ MARÍN,
Sacerdote y compañero.

COLABORACIONES DE ANTONIO LÓPEZ BAEZA
EN NUESTRO BOLETÍN

[1977 - 2015]

- Tú no eres un Dios a secas (meditación en voz alta), 77/1,42-43.
- Salmos de la fraternidad, 77/3,43-44.
- Alfarero enamorado, 77/6,44.
- Personajes "franciscanos" del siglo XX, 78/1,25-33.
- Para orar con los salmos, 78/3,38-39.
- Gracias, Jesús de Nazaret, 78/6,39-40.
- Salmos sobre contemplación, 79/1,48-49.
- Orar con los salmos, 79/5,49-51.
- Orar con los salmos, 80/1,35-36.
- Lamento esperanzado en el asesinato de Mons. Oscar A. Romero, 80/2,52-53.
- Orar con los salmos, 80/3,41.
- Adiós a Lanza del Vasto, 81/1, 52-53.
- Gandhi visto por Lanza del Vasto, 81/2,20-24.
- Mis encuentros con Sta. Teresa de Jesús, 81/3,12-17.
- Canciones de amor divino, 82/1, 34.
- Salmos desde el pueblo, 82/2,58-62.
- Orar con los salmos, 82/3, 61-62.
- Infancia espiritual, 83/1,73.
- Hasta el desierto, 84/1,65.
- Salmos de reconciliación, 84/4,57-58.
- Orar con los salmos (sobre la Iglesia), 85/1, 57-61.
- Canto a la fraternidad (Sal. 122), 85/2,61.
- Sacramento de la unidad en el mundo (Sal. 84), 85/3,38-39.
- Dios se sienta entre los pobres (Sal. 147), 86/3,50.
- Llanto por una muerte anunciada (I. Ellacuría), 89/5,90-91.
- Pedro Casaldáliga o la poesía al servicio del Evangelio (selección de textos y poemas), 92/4,42-56.

- Dame de beber, 92/6,46-48.
- Una sola cosa es necesaria, 94/1,50-52.
- En el tránsito, al Padre, de Pablo Navarro, 94/1,54-56.
- Oración por mi familia,1996/106, 44.
- Oda al Espíritu, 1996/108, 42.
- Presencia del Espíritu, 1998/117,49.
- Lo que más agradezco 1998/118, 53.
- El Espíritu que ora en mí 1999/122, 50.
- ¡Hermano te amo!, 2007/158,139.
- Oración de perdón, 2012/173, 57.
- Al amor divino como pedagogía del amor humano 2012/174, 57.
- Saborear el Absoluto en lo más pequeño 2012/175, 30.
- Mis encuentros con Sta. Teresa de Jesús 2015/186,19.

Con el pseudónimo de Luciano Alba

- La contemplación cristiana, 79/1, 13-23.
- Métodos y diferencias en la práctica de la Revisión de Vida, 80/1, 16-17.
- El compromiso con la Fraternidad, 80/2,34-36.
- El abandono en la mística universal, 80/6,27-36.
- Carlos de Foucauld, hombre de paz (Textos de Gorré, Lepetit, Quesnel y J. F. Six), 81/2,06-10.
- Cuando sólo Dios basta, 81/3,34-37.
- El Tao de la perfecta alegría, 83/1,63-70.
- Carlos de Foucauld, oyente de la palabra, 83/2,6-9.
- El misterio de la Iglesia en el Doctor de la noche oscura, 85/3,25-29.
- Invitación al desierto en la "Liturgia de las horas", 86/6,54-55.
- La pastoral del acompañamiento en el testimonio de Jesús y de la Iglesia primitiva, 87/4,44-47.
- Tony de Mello. Profeta de la liberación interior, 87/6,39-42.

EXISTENCIA CRISTIANA Y PLENITUD HUMANA

*REALIZARSE COMO PERSONA
EN EL SEGUIMIENTO DE JESÚS*

[Texto inédito. Selección]



POR eso no he dejado
de escribir poesía,
y con ella cantar
lo mejor de la vida.

¡Porque he creído en el amor!

Por eso la amistad
fue la luz de mis pasos,
y en brazos del amigo
hallé el mejor descanso.

¡Porque he creído en el amor!

Por eso la belleza
me desnudó los ojos,
y la luz del misterio
me anegó en lo más hondo.

¡Porque he creído en el amor!

Por eso de Dios supe
que, en Él, mi vida es grande,
y nada podrá nunca
de su mano arrancarme.

¡Porque he creído en el amor!

ANTONIO LÓPEZ BAEZA,
Porque he creído en el amor,
(2016). Inédito

I

PUNTO DE PARTIDA: LO HUMANO ES EL NOSOTROS

Introducción. Una meta señalada por el punto de partida

El punto de partida de cuanto se podrá encontrar a lo largo y en el conjunto de las páginas que siguen, es, sin la menor duda, la alegría de ser persona humana, que me mueve a ponerlas por escrito. Tal alegría no deja de ser una conquista y un esfuerzo permanente de fidelidad a la propia humanidad. Pero es, sobre todo, una gracia, un don recibido por participación en la especie humana, con la que uno llega a sentirse tan unido que no puede pensarse a sí mismo lejos de sus avatares, de sus avances y retrocesos, de sus luchas y sufrimientos, siempre en pos de una existencia más plena en humanidad para todos sus miembros.

En el cultivo de dicho don, el de ser persona humana, debidamente aceptado en acción de gracias, se encuentra la base de la única felicidad, la que jamás podrá ser sustituida por ninguna otra forma de adquisición material ni espiritual en el tiempo. Dicho de otra manera: si mi mayor felicidad no es la de ser persona humana, el conjunto de alegrías que pudiera encontrar y disfrutar a lo largo de mi vida, no resultaría más que un autoengaño, una alienación de mi propio ser en aras de metas despersonalizadoras. Sólo alcanza a ser feliz, verdaderamente feliz, humanamente feliz en este mundo, quien pone sus metas en ser fiel a sí mismo, cultivando al máximo posible en sus manos sus valores personales, y viviendo todo cuando es como un acto de comunión y servicio con la entera humanidad histórica.

A partir de esta conciencia, no me puedo confesar como cristiano, si esta designación creyente se pudiera entender separada del sujeto hombre. Me gusta y proclamo ser hombre-cristiano. No hombre y cristiano, cual si se tratara de dos

realidades yuxtapuestas o de alguna manera conjuntadas desde un punto exterior a ambas. Sino de una única y misma realidad: mi humanidad es cristiana. Mi cristianismo, humano. Los valores que definiendo en política, cultura, arte, religión..., no son objetivos separados entre sí, sino diversas manifestaciones del ser unificado que Humanidad y Cristianismo han ido cultivando en mí. Ciertamente que esta certidumbre de unificación de mi ser humano y cristiano sin escisión alguna entre ambos, es ya una gracia de la fe cristiana. Pero reconozco, igualmente, que precediendo la naturaleza humana al don de la fe, en cuanto que, si no fuera persona humana, tampoco podría llegar a ser persona cristiana, he de concluir que la fe debe estar al servicio de lo más auténtico humano, y que para ello se nos da.

El don teológico de la fe viene a mí como argamasa que conjunta de modo indivisible mi humanidad con mi cristianismo; pero sin poder olvidar que se trata de una gracia, algo no conseguido por mis propios medios, sino donado a fin de ensanchar mi grandeza humana previa a tal don. Así lo entiendo con las palabras del místico Merton que a continuación se citan. Su meollo está en comprender que toda dádiva de la fe en Cristo, es principio de comunión y de enriquecimiento mutuo entre valores diversos, pero nunca de oposición ni negación de uno sobre otro.

«Si queremos reunir lo que está separado, podemos hacerlo imponiendo una división sobre la otra o absorbiendo una división en la otra. Pero si lo hacemos así, la unión no es cristiana. Es política y está abocada a un mayor conflicto. Debemos contener todos los mundos divididos en nosotros y trascenderlos en Cristo»¹.

¿Qué tipo de persona hubiera sido yo sin el conocimiento de Jesús de Nazaret y de su Buena Nueva? Conozco a tantas personas que son excelentes en su realidad

¹ THOMAS MERTON, *Conjeturas de un espectador culpable* (Barcelona 1967) 21.

íntima y en su compromiso con el mundo, sin ser seguidores de Cristo, ni incluso creyentes de ninguna religión, que, no es precisamente la honradez o dimensión ética de una vida lo que yo percibo ni definiendo como fruto del conocimiento del evangelio cristiano. Hay algo que es otra cosa. Y esa otra cosa no podrá buscarse, sin embargo, fuera de la máxima fidelidad posible del hombre a sí mismo. Paradoja del cristianismo: lo más cristiano es ser muy humano.

El ser cristiano al servicio de todo lo humano

Yo nací en el mismo año (1936) en que Jacques Maritain dio a luz su famoso libro *Humanismo Integral*. Y no considero que esto fuera un hecho fortuito, hijo del puro azar, sino una especie de premonición generacional, pues mucho antes de que yo pudiera tomar contacto estudioso con el pensamiento humanista de Maritain, así como con el de G. Marcel, Heidegger, E. Mounier y el que, sin duda más ha influido en mí, Marcel Lègaut², una fuerte tendencia espiritual (casi carnal, diría yo) me conducía a entender la vida cristiana como una especie de Humanismo muy alejado de un subjetivismo antropocéntrico, en el que el ser humano tiende a realizarse dentro de su propia intimidad (cosa que hoy en día se repite tanto en los más que abundantes libros de autoayuda), y al margen de la conciencia solidaria y cósmica. Tal concepción de marcado individualismo resulta a todas luces insuficiente para desarrollar al máximo posible la condición relacional y comunitaria del ser humano, sin la cual no se hace humano.

Cuando el objeto de nuestra atención es, como en mi caso, el sujeto humano, pronto resulta evidente que lo objetivo

² De MARCEL LÉGAUT puede verse en relación con el tema que nos ocupa sus libros *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo*, *El hombre en busca de su humanidad*, *Llegar a ser uno mismo*; pero aquí aconsejamos principalmente el capítulo 7 del primer libro citado, intitulado *La oración*, Asc. Marcel Légaut (Madrid 1999) 225-250. .

de tal sujeto es su irrenunciable humanidad. Y que, permitiendo que tal sujeto sea fiel a sí mismo, se llega con facilidad al rechazo de todo subjetivismo que no sea expresión práctica de comunicación, intercambio, solidaridad..., valores que en sí mismos sustentan lo objetivo (irrenunciable) humano.

No puede pensarse ni sentirse el individuo humano a sí mismo sin verse unido en múltiples dimensiones (familiares, generacionales, ambientales, etc) y variadas intensidades en las mismas a la suerte de todos sus congéneres; perder esta visión conduciría a un aislamiento del ser en que consistiría su propia ruina.

«Fundamentalmente, el hombre es un solitario. Hundido en una unicidad que le es desconocida, y que lo pone aparte incluso cuando se acerca a otro [...] Está encerrado en su misterio: allí dormita aún su verdadero valor. Una distancia insalvable le separa de sus seres más cercanos y también de sí mismo.

Sin embargo, no debe ser un aislado. El hombre, replegado en sí mismo, sin comunicación con sus semejantes, no puede progresar hacia su humanidad [...]. Para que los determinismos intelectuales y afectivos no le apresen, para no ser sólo la imagen de su medio y el producto de su raza, para llegar a ser él mismo más allá de todo lo que pueda concebir y querer, le son absolutamente necesarias presencias que, sin violar su soledad, moren en ella, y que, sin distraerle de sí mismo, le den la ocasión de oír la llamada de su ser»³

Los mejores impulsos de mis primeros años, unidos sin duda a la educación en la fe cristiana y a mis frecuentes lecturas poéticas, contribuyeron de conjunto y de modo admirable, en mi adolescencia y juventud, para ayudarme a no caer en un subjetivismo aislante, que habría hecho de mí un sujeto replegado sobre sí mismo, juzgando de las cosas y acontecimientos según afectaban a mi propia persona e intereses particulares. A tal aislamiento no dejé de estar

³ MARCEL LÉGAUT, *El hombre en busca de su humanidad*, Asociación Iglesia Viva (Valencia 1991) 234.

inclinado por mi acusada sensibilidad que se veía azogada por multitud de sentimientos contradictorios, que me empujaban a refugiarme en un idealismo producto de mi necesidad de defenderme del medio y sus ataques, a fin de afirmar las fuerzas más mías que no dejaba de intuir entonces.

Fue así, en lucha, en discernimiento, sin dejar nunca de compartir mis procesos interiores con acompañantes más o menos preparados para ello, como fui entrando en una subjetividad jugosa, muy alejada del subjetivismo aislante, y en la que la intimidad se me reveló, no de golpe ni sin traumas, como capacidad y necesidad de fundar mi propio ser en el don de sí mismo. Y, para ser más yo mismo y más auténtico el don de mí a los demás, no olvidar nunca que el ser humano es esencialmente un solitario que se realiza y alcanza su máxima felicidad en el intercambio con otros solitarios.

¿Por qué empezó tan pronto -ya a mis dieciséis años- a interesarme tanto la cuestión sobre qué es la vida y para qué hemos venido a ella? No es fácil la respuesta. Pero su búsqueda a lo largo de toda mi existencia sí ha sido apasionante.

Con todo, no creo que se tratara de algo exclusivo de mi personalidad, pues toda persona que se precia de serlo, antes o después, se hace preguntas semejantes. Para mí, no se trataba en mis años mozos de temas a discutir con amigos o, rara vez, con adultos, para pasar el rato o darnos importancia con lo elevado del asunto. Era ya entonces una cuestión quemante. Y pronto concluyó mi mente con esta sencilla fórmula, reafirmada de muchas maneras con el discurrir de los años: si ser persona humana es cosa tan valiosa y digna de la máxima atención, ¿en que relación con ella se debe encontrar el ser cristiano, profesar la religión de Jesús de Nazaret? No tardé en llegar a esta conclusión: si el cristianismo no me ayuda a ser hombre cabal, fiel a todo horizonte y valor humanos, no me interesa. *Que lo primero es ser hombre, y lo segundo, poeta*, cantaba por los años sesenta del pasado siglo A. Yupanqui. En mi versión particular: *que lo primero es ser hombre, y lo segundo, cristiano*.

No se me malentienda. No es que el ser cristiano pueda resultar inútil u hostil a la realización humana, sino que, bien entendido, el ser cristiano debe estar al servicio del ser humano. Y que un cristianismo que no ayuda en la maduración de la personalidad adulta de sus fieles, es un cristianismo traidor a sí mismo. Que Jesús de Nazaret haya venido *para que tengamos vida, y vida abundante*, no significa que la fe nos aporte satisfacciones espirituales (que no lo serían tales) de carácter egocéntrico y evasivo de la realidad, como podría ser una creencia en la salvación del más allá que descuidara la salvación en el aquí y ahora de la vida temporal del creyente.

Es la entera vida humana (temporal y trascendente), la que hace suya el seguimiento de Jesús, para recrearla rica en posibilidades de libertad, responsabilidad, creatividad, fecundidad, solidaridad, felicidad profunda. Todo Humanismo - y desde ahora podemos llamar al Cristianismo *Humanismo Radical*- debe incluir en sus connotaciones respuestas prácticas a lo que significa ser mujer u hombre, tener un ideal en la vida, un sentido para la existencia y una postura abierta, sin temores, ante el destino último. Nos hacemos más dignos de nuestra propia humanidad en el rechazo de las falsas concepciones de la existencia y en el constante interrogar sobre el por qué y el para qué de los procesos humanos.

«[...] *sin molestarnos en interrogar al profundo misterio de nuestra identidad, nos fabricamos una trivial e impertinente identidad para nosotros mismos con las meras migajas de experiencia que encontramos a nuestro alcance inmediato*»⁴.

El compromiso cristiano con la vida es el del amor universal

La defensa del ideal humano, que el cristianismo contiene y promueve como don del Espíritu en las entrañas del cotidiano existir, es en sí misma vocación a la felicidad, en

⁴ THOMAS MERTON, o. c. 248.

tanto en cuanto sus contenidos, tanto ontológicos como éticos, tienen como fundamento inalienable un amor que recibimos para compartir a manos llenas. El compromiso cristiano es el del amor universal. Y si es amor recibido y compartido, no dejará nunca de ser fuente de gozo, aún en medio de las miserias propias y ajenas que nos hacen sufrir.

Hablamos de Existencia Cristiana y Plenitud Humana. Porque toda existencia que se fundamenta en el valor primordial del amor, que se renueva en la fidelidad al amor de cada día, y que busca en el amor la fuerza para afrontar sus inquietudes, luchas, objetivos y desafíos que la vida nunca deja de presentar, coincide con esa Plenitud Humana, única, que no siendo exclusiva de la confesión cristiana, sí lo es en grado eminente de cuantos que han puesto en Cristo lo mejor de su corazón.

¿Es más fácil alcanzar esa Plenitud Humana para un creyente en el Dios de Jesús, que para otro que no lo es? Sinceramente creo que no. Todo hombre y mujer que son fieles a su propia humanidad, sin traicionar la fidelidad a sí mismos, sin dejarse enredar en las trampas de una existencia fácil, cómoda, evasiva, sin renunciar a su conciencia de misión en este mundo, son personas de Plenitud Humana. Porque dicha plenitud no es la del superhombre que ha encontrado en sí cuanto necesita para ser él mismo, sino la de la persona que ha sabido integrar sus finitudes en sus posibilidades, sin renunciar a un proceso de crecimiento personal basado en una búsqueda sincera del sentido de su propia vida. Y esa actitud de fidelidad y búsqueda es el denominador común de toda auténtica humanidad, creyente o no creyente. El siguiente texto mertoniano resume lo esencial de lo que antecede, subrayando que el elemento espiritual de la vida humana nos obliga a todos a renunciar a cualquier forma de alienación que nos impida conocernos y ser dueños de nuestra propia existencia...

«El ser humano espiritual es quien ha llegado a ser verdaderamente señor de sí mismo, quien comienza a tener conciencia del problema de vivir, no alienándose en un superego abstracto sino iluminando con

la fuerza de la mirada purificadora hasta los secretos menos nobles de su subsuelo»⁵.

Esta visión espiritual que pretende ser a la vez tan humana como cristiana, plantea a las Iglesias su responsabilidad, hoy tan acuciante, de tratar, a través de todos los medios a su alcance, de hacer cristianos adultos en lo humano, humanos adultos en lo cristiano. No es un juego de palabras. Cristianos cuyo orgullo de ser hombres entre los hombres, no merme en nada su conciencia de ser hijos de la Gracia que colabora desde Dios con lo mejor de nuestra humanidad en marcha. Hombres cuyo orgullo de ser cristianos no consista en ninguna manera de creerse seres superiores a los demás, ni poseedores de mayor verdad, ni más seguros de la salvación eterna; porque saben que la Verdad que nos salva es un Amor Universal y Gratuito, manifestado en Cristo, es decir, en la Plena Humanidad de Dios. Más Humano que Dios no lo es ni la entera Humanidad Histórica (con sus 700.000 años, más o menos, contables). Más Humano que Cristo no lo es ningún Humanismo de los que, al menos desde la Grecia antigua hasta hoy, ha pretendido dar respuesta a las grandes interrogantes de la existencia humana, y aportar luces de solución a sus problemas tangentes. Este encuentro de Cristo con la entera humanidad histórica, así como de cada ser humano con Cristo, posee, tal vez, en el siguiente texto de John Polkinghorne, una bellísima y muy actual expresión, que queremos compartir con el lector.

«El pensamiento cristiano ortodoxo afirma, junto a la Divinidad del Hijo, la perpetua Humanidad del Cristo Resucitado. Según este enfoque, la Encarnación no es un episodio pasajero, sino un suceso de perdurable relevancia. [...] Para quien cree, como es mi caso, que la Encarnación del Hijo es el puente entre la vida divina y la vida

⁵ VITO MANCUSO, *El alma y su destino* (Valencia 2009) 273.

creatural, nuestro encuentro con la realidad salvífica de Cristo tendrá lugar como encuentro entre su Humanidad y la nuestra»⁶.

El “Nosotros” divino de la Trinidad fundamento del “nosotros” de la Humanidad Histórica

Ni Dios ni su Cristo compiten con los intentos humanistas y humanizadores de la historia de los hombres; sino que ven en ellos retazos del proceso mismo de su voluntad de bien universal. Siendo el querer de Dios la máxima felicidad posible de su criatura el Hombre, no puede menos que aplaudir todo avance y progreso que realizan aspectos de tal felicidad humana. Por la Encarnación del Verbo, todo esfuerzo humanizador es un encuentro con Cristo. La Verdad que el cristianismo aporta a la Humanidad no es distinta de lo que la Humanidad significa, sino la fe en un Dios comprometido al máximo con la realización de dicha Humanidad. «*Si tiene un sentido nuestro existir en la Tierra -dice Vito Mancuso- , es para entregarnos a la verdad, para servirla, hospedarla en nosotros y permitirle purificar nuestra interioridad*»⁷. El existir humano en la Tierra se orienta a la búsqueda de la verdad de lo que es ser humano. En esa búsqueda el espíritu cristiano adquiere su mayor profundidad.

Los cristianos estamos en el mundo para que, buscando afanosamente la verdad en unión con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, construyamos ese Nosotros, donde cada uno es más él mismo, y puede encontrarse mejor con Dios. Ese “Dios” que no está fuera de nosotros mismos, de cada uno de nosotros, sino que nos espera en la fidelidad a todo lo humano que cada uno porta en sí. La muerte del hombre como ser individual sobre la Tierra, como sujeto dueño de sí mismo, como valor absoluto e inalienable a todo postulado de cultura y sociedad que no sea el respeto total a la entera Humanidad en cada uno de sus representantes, sólo puede venir de la muerte

⁶ JOHN POLKINGHORNE, *Explorar la realidad* (Santander 2007) 196.

⁷ VITO MANCUSO, o. c., 281

de la conciencia del Nosotros, Y esa muerte llevaría también consigo la famosa y discutida muerte de Dios de F. Nietzsche. Si el hombre ha muerto para el hombre, ¿qué puede significar seguir creyendo en Dios? Si el Nosotros no está en función de cada Yo, ¿qué garantía de valor y de destino puede albergar la conciencia humana?

Cuando leo a Nietzsche, en su empeño de dar al ser humano un valor independiente de todas las creencias y contra todas las alienaciones religiosas y convencionalismos sociológicos, no puedo menos que pensar en que estoy de acuerdo con él. Más con el punto de partida que con el de llegada de su pensamiento. Tal punto de partida lo comparto con el siguiente texto de su *La voluntad de poder*:

«El signo más general de los tiempos modernos: el hombre ha perdido, a sus propios ojos, infinitamente en dignidad. Largo tiempo ha sido el centro y el héroe trágico de la existencia en general; entonces, al menos, se esforzó en demostrar su parentesco con las partes más decisivas y más valiosas de la existencia»⁸.

Imposible no estar de acuerdo con este punto de partida nietzscheano: en los tiempos modernos el humano ha perdido conciencia de su propia dignidad. La rápida masificación, producto de la cultura técnico/industrial y de los medios de masas, ha sembrado una despersonalización en la que los individuos de la especie humana somos más piezas de un engranaje manejado por intereses ocultos que personas de conciencia autónoma y solidaria.

Pero imposible estar de acuerdo con el punto de llegada, en el que el filósofo alemán señala al cristianismo como uno de los causantes principales de la deshumanización de los tiempos modernos.

«Se acercan los tiempos en que habremos de pagar muy caro haber sido cristianos durante dos mil años: estamos perdiendo el punto de

⁸ F. NIETZSCHE, *La voluntad de poder*, 18.

apoyo que nos hacía posible la vida: ignoramos de dónde venimos y adónde vamos»⁹.

En su análisis, el cantor de Zaratustra, confundiendo la realidad cristiana con un dogmatismo despótico y un moralismo intrusivo (pecados que no son ajenos en absoluto a la praxis de las iglesias cristianas), no llega a vislumbrar la majestuosa luz del Evangelio de Jesús, en la cual la dignidad humana se sitúa por encima de toda norma y orientación religiosa. Si Nietzsche hubiera comprendido que el Hombre es lo más grande para el Dios de Jesús, ¿no habría sido, sin renunciar a su humanismo, un rebelde dentro de las iglesias cristianas?

Para el auténtico cristianismo, no hay una ignorancia del desde dónde ni del hacia dónde de la Humanidad Histórica. Su origen y meta los encuentra en el Amor que da la Vida y nos invita a darla. Y en el trayecto, la realización de un mundo del hombre y para el hombre, y de un hombre fiel a su entera humanidad, se manifiesta en un alto aprecio a todo lo que es natural, o forma parte de la naturaleza humana. Jamás del seguimiento de Jesús de Nazaret se podrá desprender la exigencia de una renuncia a la personalidad original, única e irrepetible, ni una castración de atributo alguno de la naturaleza humana. Para el auténtico cristianismo, también, la autonomía de lo secular forma parte sagrada de su depósito revelado.

El Nosotros de la Humanidad nos libera de la masificación.

Lo Humano es el Nosotros. *El otro yo en el yo* (fórmula preciosa de Feuerbach), expresa certeramente la conciencia de la imposibilidad de un yo humano separado del resto de sus congéneres. Soy cuando somos. Y Dios en Cristo Es el Somos

⁹ *IB*, o. c. n. 30

Total en el que cada uno es él mismo cuanto más lo es en comunión.

Con todo, no resultará superfluo matizar que el Nosotros de que hablamos, nada tiene que ver con las multitudes y los fenómenos de masas que, en palabras de G. Marcel «*se ordenan naturalmente en relación a las diversas propagandas que se desarrollan hoy a favor de los medios publicitarios extraordinariamente poderosos de que disponen; pero esas propagandas mismas son el instrumento de los falsos profetas o de aquellos que difunden sus catecismos fanatizantes*»¹⁰.

La orientación testimonial del cristianismo lo aleja millones de años luz del sentido propagandístico de cualquier producto o ideología de mercado. Los contenidos de la fe cristiana, colocados en las redes publicitarias, en competencia con otros objetos que pretenden alcanzar al mayor número posible de adeptos o consumidores, se desvirtúan hasta ser sólo eso, productos de consumo, instrumentos en manos de falsos profetas o de aquellos que difunden catecismos fanatizantes. Manera directa y cruda de recordarnos que la transmisión eficaz de la fe cristiana se encuentra en el testimonio de quienes la profesan y la predicán. Todo intento de “masificar” la vivencia de fe, conformándonos con aclamaciones populares y acontecimientos espectaculares, lejos de llevar consigo una propagación de la fe, la devalúa, al no poner el énfasis necesario en la experiencia personalizadora, comunitaria y de participación que le son inseparables. Sólo una fe que personaliza libera. Los fanatismos religiosos, tan dañinos para la fe que da vida, suelen estar muy cerca de los movimientos de masas.

A la luz de esta cita de la *presencia como misterio*, advirtiéndonos el pensador cristiano del temible engaño de entender la comunión eclesial como uniformidad que negara el pluralismo en diálogo y la supremacía de la conciencia personal, recibimos una fuerte sacudida a la responsabilidad de no intentar imponer con etiqueta de Cristiano o Católico, lo

¹⁰ GABRIEL MARCEL, *El misterio del ser* (Buenos Aires 1964) 248.

que tal vez no es más que un «conjunto de valores preferidos o elegidos por ciertos individuos, ante los cuales otros individuos permanecen insensibles»¹¹.

Falsos profetas y catecismos fanatizantes, no faltan tampoco hoy. Pero la experiencia cristiana vivida como camino místico, como encuentro amoroso con el Dios que nos habita, opondrá fuerte resistencia a un cristianismo masificado y nada o poco personalizador, tan opuesto a la Plenitud Humana que convive con la auténtica experiencia de fe.

El amor contemplativo

Voy a dar fin a este punto de partida, con un texto de J. Maritain pleno de esperanza en que las Iglesias Cristianas, fieles a su búsqueda de la Verdad en comunión con todos los esfuerzos sinceros humanos que hoy se dan en el mundo, aportarán una mayor energía espiritual, imprescindible para entender la Plenitud Humana de la Existencia Cristiana.

«La tarea que la nueva época en que entramos espera de los cristianos es tan difícil, que no es concebible si en el seno mismo del mundo y a través del mundo no se multiplican los núcleos de energía espiritual de humildes estrellas invisiblemente radiantes de las que cada una será un alma contemplativa entregada a la vida de oración. [...] Sin el amor contemplativo y la oración infusa, y sin el invisible sostén que ellas prestan al trabajo de todos en el Cuerpo Místico, la tarea exigida a los cristianos, a todos los cristianos sería demasiado pesada, y la gran esperanza que se levanta sería vana»¹².

En el decir de Maritain, el amor contemplativo reúne en sí estos dos valores esenciales, imprescindibles hoy para el testimonio cristiano en el mundo. Por un lado, la personalización de la fe vivida como experiencia integradora de la energía espiritual en una conciencia humilde y generosa,

¹¹ *IB.*

¹² JACQUES MARITAIN, *El campesino del Garona* (Bilbao 1967) 123-124.

cultivada a través de la oración. Por otro, la presencia encarnada de la fe cristiana en el mundo, a través de mujeres y hombres que han encontrado su plenitud humana en el conocimiento del Dios de Jesús. Sin estos dos valores, una fe personalizada y una presencia de encarnación en las realidades de nuestro mundo, ha de resultar vano todo intento evangelizador.

II

CAMINAR DESDE CRISTO

La vida cristiana como peregrinación

«[...] sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno: ¿Quieres recibir el Bautismo?», significa al mismo tiempo preguntarle: ¿Quieres ser santo?. Significa ponerle en camino del Sermón de la Montaña (cf Mt 5-7): “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial”» (JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte* 31).

Debe, sin duda alguna, de haber un modo propio de ser cristiano en el mundo. De caminar por la vida con los rasgos específicos del evangelio de Jesús. Y tal modo debe ser algo muy consciente, constantemente revisado, puesto al día, con el fin de que tal modo responda a las características y demandas del momento histórico en que vivimos.

Para mí, que ese modo tan específico y diferencial, es el de la conciencia peregrinante. Todos los humanos somos seres en camino, pero el cristiano lo es desde Cristo.

Ser peregrino significa, como contenido básico, saber que no tenemos en este mundo morada estable. Vivir es caminar. Caminar es avanzar. Quien siempre permanece en el mismo lugar, no vive, no es fiel a su condición itinerante. No sólo cambia nuestra fisonomía corporal con el paso de los años.

Algo más esencial va cambiando en nosotros. Y si ese otro cambio que podemos llamar anímico, espiritual, e incluso intelectual, no supone un crecimiento en valores, una mejora en concepciones de la vida y una mayor capacidad de síntesis y de servicio, puede afirmarse sin miedo al error, que no hemos avanzado, no hemos crecido, no hemos desarrollado algo (o mucho) de lo mejor que hay en cada uno de nosotros en cuanto que imágenes vivas de Dios y seguidores de Jesús de Nazaret. Permanecemos infantilizados, como encerrados en un enanismo espiritual, que nos impide gozar más de las realidades vivas en que nos desenvolvemos, y ser más útiles para el bien común.

Mas afirmar que no tenemos morada estable en este mundo, que la realidad del ser peregrinante es avanzar creciendo personalmente y mejorando nuestra comunicación con los demás, lleva consigo esta otra condición, fuertemente inapelable: caminar “ligero de equipaje”, para estar en mejores condiciones de superar los obstáculos del camino.

No hay camino de fidelidad a sí mismo que no tenga que superar obstáculos de diversa índole. No hay misión a realizar en la vida que no cuente de antemano con oposiciones, incomprendiones, fracasos. El hombre y la mujer ligeros de equipaje, aquellos que sólo se preocupan de lo esencial imprescindible para el camino, libres de ataduras tales como las ambiciones del tener y del poder, como dependencias de personas y cosas (¡y aún más de ideas!), suelen avanzar con mayor facilidad (si bien no con menores obstáculos).

Los impedimentos suelen aumentar en proporción a la fidelidad del que busca ser fiel a sí mismo y encontrar su propio destino.

Es preciso un aprendizaje largo, muy largo, de purificación de mente y corazón, a fin de no caer víctima de las seducciones sutiles que pretenden hacernos creer que no es necesario aspirar alto; que es más humano conformarse a la mediocridad y seguir el ritmo marcado por la mayoría adocenada, conformista, regresiva. ¡Hay tantas nuevas invenciones para distraerse en el camino, que se hace

innecesario mirar más allá de lo que ahora mismo tengo entre manos para distraerme y olvidar todo lo molesto de la existencia, ¡que no suele ser poco! ¿Preocuparme ahora por mi crecimiento personal, cuando tal vez ya soy una persona de edad adulta y situada en la sociedad? ¡Una locura! Ser como todos. Hacer lo que hace la mayoría. ¡Esto es vivir!

Quienes así piensan y actúan, llevan, tal vez sin darse cuenta, un pesadísimo equipaje sobre sus hombros. Creen caminar, porque pasan días, meses y años distraídos en las mismas cosas insulsas, lo cual no significa totalmente innecesarias, pero sí que han ocupado un lugar relevante en su esquema de vida, desplazando otras cuestiones de mayor interés vital. Su inmovilidad es pasmosa. Si alcanzaran a verse a sí mismos desde fuera de sí, se echarían a temblar. Las posibilidades de su ser persona y ser libre y feliz en la vida, se han trocado en aspiraciones a disfrutar de lo inmediato y pasarlo lo mejor posible sin importarles la grandeza y hermosura de su propio ser.

Y es que, para el que peregrina, es imprescindible tener claras y no perder nunca de vista las metas hacia las que se dirige. No se trata de caminar por caminar. Nos llaman unas netas de tal altura y belleza, de tal capacidad de gozo y realización personal, que no recordarlas oportunamente, equivale a convertir en infecundo nuestro paso por este mundo.

Tener claras las metas que nos llaman aporta entusiasmo y creatividad a cada uno de los pasos del camino. Dichas metas pueden tener muchos y variados contenidos, tales como la estabilidad familiar y la educación de los hijos, la investigación científica, la creación artística, el servicio a la comunidad, los procesos de la vida interior en su dimensión contemplativa... Pero entretejido con cada una de esas variadas metas, permanece siempre el de la fidelidad a sí mismo, el cultivo de su originalidad personal, el desarrollo de sus dones naturales, en los que radica su verdadera humanidad.

Se avanza por metas, y cada meta alcanzada nos abre horizontes de nuevos y más altos valores. Una infancia que ha podido disfrutar de un medio familiar y social provisto del cariño, educación y atenciones específicas de la edad, se adentra en la adolescencia mejor preparada para afrontar las crisis de autoconciencia y relación con que se va a enfrentar. Y así en todo. El atleta que supera marcas oficiales, no lo consigue sin antes haber superado metas de menor competitividad. En la vida espiritual es idéntico: crece, llega a la madurez en Cristo Jesús, el que se marca metas, y no cesa hasta conseguirlas. Aunque, preciso es advertirlo, las metas espirituales nos vienen marcadas por la vocación a la deificación, es decir, a nuestra llamada a identificarnos con Dios en Cristo.

Es algo que sabe muy bien todo el que peregrina: hay que aprender de la propia experiencia, y sobre todo de los propios errores. Una equivocación en el camino es una llamada a prestar mayor atención a lo que hacemos y sobre todo a cómo lo hacemos. Equivocarse es un derecho humano, ya que no somos criaturas perfectas, acabadas, sino precisamente en camino, y en camino hacia nosotros mismos. Mis defectos, insuficiencias, debilidades, limitaciones de cualquier tipo, me advierten de que no debo aflojar el ritmo de atención, reflexión sobre lo andado, reconocimiento de los fallos personales. Y ello sin culpabilizarme de nada, sin arrojar sobre mi cabeza insultos de inutilidad, e incluso de porquería moral. Mis fallos sólo me dicen que soy limitado, pero no que soy basura. Y si lo fuera, ¿qué? También la basura sirve para fecundar sabrosos frutos de vida.

Nuestra misma debilidad, el número de errores que solemos cometer en empresa tan alta como hacer bien el camino de nuestra vida, nos obliga a percibir que no podemos olvidar nunca que el camino se hace mejor en fraternidad (acompañamiento mutuo). Mi vida es más mía cuanto más es compartida con otros, con muchos. Nadie camina solo, aunque se sienta en trágica soledad. Aquí hay que darle gran cabida a las palabras de Jesús: ¡Buscad y encontraréis! Nuestra

condición de seres racionales lo es al mismo tiempo de seres relacionales. En la relación, en la comunicación y el diálogo, aprendo a razonar mejor, con mayor fidelidad a lo que concierne a la realidad viva que me atañe. Caminar solo es una especie de camino frustrado, es decir, sin avance ni destino. Sólo el ser humano puede caminar en solitario, cuando se enquistaba en sus propias ideas, suspicacias y temores. La Naturaleza, el cosmos, camina siempre en abrazo. Y Dios, también.

Pero todo camino en fidelidad se nutre de paciencia y esperanza. Saber esperar, confiar en que lo que hoy no he logrado podré conseguirlo mañana, o pasado. ¡Pero lo conseguiré! Sólo se hace inalcanzable lo que no se ama con pasión vital. Porque mi vida vale tanto para mí, no puedo dejar que la arruine cualquier evento desafortunado. El camino siempre está abierto, aunque se haga angosto y peligroso, para todo el que no renuncia a sus metas de vida en plenitud.

Y como la intención que anima estas páginas es la de hacernos, ayudarnos con su modesto contenido en el camino específico cristiano, es el momento de poner de relieve que, para todo lo hasta aquí dicho, es imprescindible contar siempre con la luz de la Palabra de Dios. *El que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*; dice Jesús. *Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero*, dice el salmista. En la fe cristiana, llegar a ser persona madura, dueña de sí, armónica y equilibrada, creativa y solidaria (¿se puede ser persona de otra manera?), está estrechamente vinculado a la meditación de la Palabra. La Palabra que se hizo carne para enseñarnos a ser fieles a nosotros mismos.

Lo específico del caminar “desde” Cristo

«Se trata de un camino sostenido enteramente por la Gracia, el cual, sin embargo, requiere un intenso compromiso espiritual que encuentra también dolorosas purificaciones (las “noches oscuras”), pero que llega, de tantas formas posibles, al indecible gozo vivido por los místicos como “unión sponsal”. ¿Cómo no recordar aquí, entre tantos

testimonios espléndidos, la doctrina de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz?» (Ib, 33).

Ya lo decíamos de comienzo: algo específico debe tener el caminar humano desde Cristo. “Desde” significa: con la misma fuerza de Cristo, la fuerza del Espíritu que lo condujo a lo largo de toda su misión, desde el Bautismo en el Jordán, hasta el suplicio del Gólgota. El Espíritu Santo que siempre nos acompaña desde nuestro interior, como vigía del camino, como guía en el sendero tortuoso y experto en lo escarpado de la ascensión a la alta montaña, jamás va a permitir que nos extraviemos del todo o nos despeñemos en el vacío. Él, no lo va a permitir. Nos guía certeramente.

A nosotros nos corresponde estar a su escucha, saber detener el paso a tiempo, buscar espacios de soledad y silencio, y permitirle así que nos continúe orientando hacia nuestras verdaderas metas. A lo largo de todo el caminar desde Cristo, el Espíritu es nuestro mejor y más seguro acompañante. Quien lo escucha no se pierde. No se pierde a sí mismo, no pierde el sentido de la vida, no pierde la conciencia de ser amado por el Amor más grande. El Espíritu tiene interés primordial en que cada uno se encuentre consigo mismo, condición para encontrarse con Dios.

Algo que se desprende del mínimo conocimiento evangélico es que, caminar “desde” Cristo, es hacerlo con conciencia de enviado (*Como el Padre me envió, así os envío yo*). El camino es la puesta en práctica de una misión. Por tanto, no soy yo quien ha elegido la ruta; esta me viene dada por el envío, por la misión encomendada que tiene sus metas propias y sus medios adecuados. No camino al azar. No soy un aventurero del Reino. Soy un enviado, con mi propio carisma eclesial al servicio del mundo.

El gozo de sentirme enviado a misión tan sublime (que el Reino de Dios venga más y más a este mundo), llena de audacia mi corazón, me libera de miedos insensatos (*No temáis, yo he vencido al mundo*) y me abre los ojos de la fe para ver cómo Dios actúa -nunca deja de actuar- a favor del Reino,

contando con nuestras debilidades y contradicciones, en el corazón de todos los conflictos y dificultades. El miedo es enemigo mortal de la audacia evangelizadora, de la confianza en la victoria total y actual de Cristo.

Esto último nos lleva a una nueva conclusión: no podemos caminar “desde” Cristo, si no lo hacemos con el “estilo propio e inconfundible” de Jesús de Nazaret -Modelo Único- estilo del Siervo.

Caminar desde Cristo es avanzar en un servicio al mundo -con preferencia de los que más sufren, de los que son víctimas de cualquier poder opresivo-, cada vez más marcado por el signo de la gratuidad. El servicio del Siervo de Yahvé no tiene metas de éxito temporal ni de dominio sobre ideas o estructuras de este mundo. Es puro servicio. Servicio que, con la calidad de su amor, lleva consigo toda la recompensa del servidor y toda la esperanza de bien para los que sufren el dolor, la opresión y la injusticia del mundo.

Esto significa que el enviado, el que camina desde Cristo, lo hace, al igual que Jesús de Nazaret, con la experiencia íntima del Amor del Padre y con el mensaje único del Amor que nos salva (*En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis unos a otros como yo os he amado*) Jesús se sabe amado del Padre. Jesús sabe que el Amor de su Padre es lo más grande que hay en su vida. Se puede fiar de dicho Amor. Pero sobre todo, muy sobre todo, debe dedicar tiempo a gozar de dicho Amor. Con sus frecuentes retiradas a la soledad orante, Jesús nos muestra lo imprescindible de saber gozar del Amor del Padre. Toda su fuerza estaba allí. Y es que, tanto Jesús de Nazaret, como todos sus fieles seguidores, han sabido que sólo gozando mucho del Amor de Dios, se puede uno entregar al servicio desinteresado, llámese pastoral, liberación de los oprimidos, acompañamiento espiritual o lo que fuere. Lo cierto, sin vuelta de hoja, es que sólo podemos estar convencidos y convencer a los demás de que sólo el Amor salva, porque nosotros mismos, cada uno de los seguidores de Jesús, hemos experimentado el gozo inenarrable de sabernos y sentirnos ya, aquí y ahora, amados de Dios, salvados por el Amor.

El mayor gozo y placer, la más viva fuente de felicidad y de paz, la encontró Jesús (y la podemos encontrar nosotros) en ese Padre que, si cuida de las aves del cielo y de las florecillas silvestres, no puede dejar de hacerlo, de acuerdo con nuestras necesidades, con quienes somos sus hijos en el Hijo, sus amados en el Amado, sus enviados en el Enviado. Y tanto es así, que ese Padre de bondad infalible, no distingue entre buenos y malos, justos y pecadores, y hace de su Amor el instrumento adecuado, la terapia eficaz de su obra de salvación universal. Sólo el Amor salva. Sólo el Amor nos salva de creernos salvadores de nada ni de nadie. Sólo el Amor del Padre vivido y gozado en nuestros corazones, nos libera de las tiranías de la ley, de la violencia, de todos los absurdos de las instituciones que se sirven a sí mismas, bajo pretexto de sacralidades que no ponen en su centro el Amor.

Todo lo hasta aquí dicho sobre el sentido peregrinante de la vida humana y más especialmente sobre el caminar desde Cristo, específico de los creyentes en el Dios de Jesús, tiene su resumen más práctico y maravilloso en el hecho de la amistad personal con Jesús, como valor permanentemente cultivado (*Vosotros sois mis amigos*). La amistad con Jesús no es una metáfora sentimental, especialmente diseñada para adolescentes y personas de meliflua religiosidad. La amistad con Jesús conlleva todos los goces de la mejor amistad y todas las exigencias de su imprescindible cultivo. Es viril amistad que hace fuertes a cuantos en ella entran.

Que Él es mi Amigo significa que yo he sido cautivado por Él, su persona, su misterio. Jesús, en mi amistad con Él, ya no es un personaje del pasado; y aunque tampoco lo pueda tocar directamente con mis manos ni dejar que su imagen adorada quede fija en mis ojos carnales, en lo más profundo y real de mi psiquismo, donde residen las grandes opciones de la existencia y los valores más inalienables, allí, Jesús de Nazaret, es tan real, tan presente, tan cotidiano para mí, tan íntimo en la relación interpersonal, como los seres más queridos (y aún más) con quienes me encuentro en mi vivir ordinario y a los

que dedico un interés desinteresado, cargado de ternura y admiración. Así es mi amistad con Jesús. Así quiere Él ser nuestro Amigo. Nos comunica todo lo suyo. Nos comparte todo lo suyo. Nada de lo que es un bien para Él quiere dejar de compartir con nosotros. Nada de cuanto nos hace sufrir a nosotros, deja de hacerle sufrir a Él. En el cultivo de tamaña amistad, en el encuentro meditativo y orante con los evangelios, el calor humano y divino de la persona de Jesús, se siente tan cercano, tan comprensivo y compasivo, que no puedo menos que experimentar que es realmente mi Amigo; que me pide mi amistad y confía en que yo cuente siempre con su confianza (*Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*). Todo el que sabe de amistad humana, está en inmejorables condiciones para saber que la amistad con Jesús es la más humana de todas las amistades posibles.

Caminar desde Cristo es, como claramente se desprende, un caminar con Cristo en el corazón, con su Amistad sinceramente correspondida, que quiere alentarnos en todos nuestros pasos y procesos hacia las verdaderas metas de la vida. Nos acompaña con su fidelidad inquebrantable. Nos acompaña con su testimonio enteramente fiable. Nos acompaña con su Espíritu de Resucitado, señalándonos de continuo metas de superación, de alegría de vivir, de experiencia de Dios.



Antonio L. Baeza

EVANGELIO, MÍSTICA y POESÍA

III

EPÍLOGO

TODO CUANTO ME AYUDA A SER MÁS HUMANO, ME HACE MÁS CRISTIANO

Introducción, El ser humano nada es sin el amor

La preocupación por todo lo humano, ha venido a resultar para mí, en esta etapa final de mi existencia terrena, expresión total de mi conciencia cristiana.

Si, ser cristiano, tal como yo lo entiendo, es vivir en el seguimiento de Jesús de Nazaret, encontrando en dicho seguimiento el sentido de la vida propia y del universo; y si dicho sentido resulta inseparable de la fidelidad del hombre a sí mismo y de su conciencia de misión en la vida; y si, aún, ese sentido y esa fidelidad sólo pueden manifestarse como una sincera actitud de búsqueda de la verdad, de respeto a la libertad propia y ajena, y de conciencia viva y actuante de solidaridad con el prójimo, siempre predileciendo a los más desfavorecidos..., a nadie puede pasar desapercibido que, tal manera de pensar y de sentir el cristianismo, no anda nada lejos de un humanismo integral, es decir, una concepción de la existencia humana que hace de mujeres y hombres, tomados de uno en uno, seres irrepetibles, cada uno de un valor incalculable y llamado a realizarse como persona en su inalienable grandeza original, atendiendo a todas, y sin negar ninguna, de sus necesidades vitales.

Quiero situarme fuera de la ya vieja (¿por superada?) discusión entre si el cristianismo es o no es un humanismo, que ocupó a excelentes pensadores de las décadas primeras e intermedias del siglo XX. Nada más, ni por supuesto, mejor, podría añadir a cuanto ellos aportaron. Mi intención no es la de reivindicar, sino la de testimoniar. Mi intenso amor a los seres humanos, a su realidad integra de criaturas carnales y

espirituales a un tiempo, a su puesto en el conjunto del universo (si no privilegiado, por lo menos sí destacado) como conciencia y pensamiento que se mueve entre las leyes del cosmos, inventa, da formas nuevas a partir de las viejas fuerzas elementales, y abre espacios de comunicación y de convivencia...; mi intenso amor a los seres humanos, hace de mí un rendido entusiasta, que, si bien reconoce los muchos agujeros negros de la condición humana, no deja de admirarse ante su capacidad de superación, de volver a empezar, de sacar fuerzas de flaqueza, de producir arte, ciencia y técnica...; y, sobre todo, de ser una realidad que se reconoce y realiza en el amor.

Sí; ya sé que esto del amor, como dinamismo esencial de la existencia humana, no es siempre ni por todos reconocido, y que no explica por sí solo el complejo panorama de odios, violencias y genocidios, de los que tanto llanto se ha derivado, y que continúan afeando el rostro común de la humanidad histórica. Pero lo cierto es que, todo cuanto afirma el amor, beneficia a la especie humana y a su entorno global; por el contrario, cuanto lo niega, es siembra de desdichas y mortandades sin cuento. ¿No es esta constatación argumento suficiente para afirmar que el ser humano no es nada sin el amor?

El amor humano siempre hace referencia a un “nosotros”

Cuando amo a un ser humano, ¿no amo en él a todos los seres humanos? ¡Ah, si no es así, no se trata de amor humano, sino meramente instintivo, semejante al del irracional! No puedo amar al amigo, a la esposa, a los hijos porque son mi amigo, mi mujer, mis hijos... Los amo porque son parte de la humanidad, como yo mismo. Los amo en función de la totalidad humana, no únicamente en función del bien particular de la amistad, la casta, la familia... Esto último sería la negación del amor humano que, si no es universal en lo particular, no alcanza su madurez deseada, inscrita en su misma condición. El amor humano siempre hace referencia a

un “nosotros”, en que el yo individual alcanza su máxima grandeza y realización personal.

Yo sé que amo al ser humano, no sólo porque es portador de valores dignos de todo aprecio, tales como su inteligencia, creatividad, capacidad de asombro, armonía en su interior y belleza en su porte externo. Lo amo por todo ello, sí, pero también, y de modo inseparable, porque toda esa nobleza la lleva en vaso de barro, es decir, en la debilidad de una existencia sometida a múltiples azares y limitaciones no siempre superables. Amo a una su fortaleza y su debilidad, su grandeza y su miseria, que expresan de conjunto la realidad humana. Pues si la persona es digna de amor por los valores que patentiza, no lo es menos por las carencias que nos llaman a compartir sufrimientos y a luchar por la liberación. El amor que abraza lo positivo dejaría de serlo si no abrazara igualmente lo negativo que se da en el ser amado.

Un cuerpo hermoso, en su belleza distintiva, ya se trate de un cuerpo de hembra o de varón, despierta mi amor tierno y apasionado, en el que lo armónico y proporcional de sus formas atractivas, se alía en mí a la compasión por su condición de mortal. Y, si mi amor no compaginara de manera espontánea ambos elementos, la ternura y la compasión, dejaría al instante de ser amor de un humano hacia otro humano.

Cuando abrazas el cuerpo de la persona amada, das la mano o compartes el beso de los rituales sociales en que nos desenvolvemos, aunque en ese preciso momento no lo pienses, estás estrechando, compartiendo la grandeza y debilidad del otro, su vida y su muerte, con cuanto en ellas se significa. Y cuanto más estrecha y sincera es la relación entre dos personas, mayor es también la comunión en las luces y sombras de ambas vidas.

Cuando clamo por una más justa distribución de los bienes de la tierra, para propiciar una vida digna para todos los pueblos, o me manifiesto en contra de cualquier guerra que asola cualquier parte del globo..., lucho a favor de la vida y contra la muerte de todos los seres humanos, representados en aquellos que ahora son víctimas de las maquinaciones del

poder, siempre enemigo de la vida, y por ello mismo, siempre sembrador de la muerte. Desde que los humanos hemos sido capaces de hacer historia, el poder siempre se ha manifestado aliado a la muerte, en tanto que el amor sabe respetar la vida humana sin olvidarse de su condición mortal. De ahí que el verdadero amor a nuestros semejantes se nutra de ternura y compasión, de pasión por los valores vitales y solidaridad en el empeño por arrebatarnos poderío a la muerte. ¿Puede el amor humano amar de otra manera?

Los valores humanos: lugar privilegiado de encuentro con el Dios de Jesús

Y ahora toca preguntarse: ¿qué añade -si es que añade algo- el seguimiento de Jesús a este amor humano, que sólo es humano cuando comparte alegrías y penas, valores y carencias? ¿Cuál es, al respecto, mi propia experiencia creyente? ¿Amo yo más -o mejor- al ser humano por haber creído en el Dios de Jesús?

Tratando de responder con el corazón en la mano (única forma de acercarse a cuestiones de tanta envergadura), diré que mi vida en pos del Evangelio del Reino, la pienso, la siento y la vivo como una afirmación de lo humano más allá de sí mismo. Lo humano radicalizado en su propia humanidad. Los valores humanos como lugar teológico, es decir, como espacios privilegiados para el encuentro con el Dios de Jesús. Lo que viene a significar que, en primer lugar, antes de confesarme creyente me confieso humano; y, en segundo lugar, que el ser creyente ha venido a significar para mí una potenciación en todo lo auténticamente humano.

Tal vez quedaría mejor expresada mi vivencia personal en cuanto que humano/creyente si dijera que mi mayor acción de gracias por el don de la fe, es que ésta me ha revelado de manera conmovedora la grandeza humana, y me ha empujado al cultivo de mi plena humanidad. Pero está claro que, antes de haber creído en un Ser trascendente, ya era humano por naturaleza. Y la misma fidelidad a mi naturaleza humana

encontró en la fe estímulo y radicalización. La luz de la fe me hizo ver que Dios cree en el hombre; es decir, que el hombre es algo grande para Dios.

Desde aquí, desde la fe en el Dios de Jesús, que no tiene ninguna exigencia de mutilación de lo humano verdadero, sino que, muy al contrario, se revela como garante de plena humanidad, yo ya no puedo separar mi fe en el hombre de mi fe en Dios. Dios y el Hombre constituyen para mí una misma fe.

De tal perspectiva es fácil deducir que, cualquier forma de pensamiento o de creencia que ayude al humano a ser fiel a sí mismo, es merecedora de todo respeto y defensa, ya que sólo es digno de aceptación por el humano que se precia de serlo, aquello que valora y potencia su realidad existencial.

Dimensión temporal de la salvación en Cristo

Una religión de salvación eterna, que sólo apunta en su horizonte escatológico y en sus prácticas éticas y piadosas a la realización de ultratumba, no es merecedora de crédito. Su manifestación de amor a la vida estaría limitada a un posible más allá del devenir humano. Como si dijera: no me importa mi vida en este mundo; ya viviré después en el otro. En tal religiosidad el ser temporal queda olvidado, como si el ser eterno se pudiera sostener sin el soporte existencial. Si así fuera, el humano no necesitaría amar esta vida, este mundo, porque su realización plena y feliz, estaría reservada a ese más allá que se le promete. No se trataría de hacer un mundo mejor para todos, sino de soportar resignadamente los males de esta vida hasta que nos toque salir de ella. Y si no alcanzo a gustar la felicidad en este mundo, ¿cómo sabré qué es la felicidad eterna y por qué aspiro a conseguirla? *No canta libertad mas que el esclavo, el pobre esclavo; el libre canta amor. ¡Te canta a ti, Señor!*, cantó a su vez M. de Unamuno, poniendo de relieve que sólo quien es libre puede aspirar a algo superior. Prometer salvación o felicidad eterna, sin felicidad ni salvación temporal, puede sonar como el mayor de los sarcasmos.

Desde que una persona es consciente de sí misma, de su ser en proceso de crecimiento, de su condición peregrinante, que otea siempre una mejor forma de vida, en cuya esperanza se funda su lucha contra la muerte, sabe que no hay salvación posible, ni para ella ni para el resto de criaturas, fuera del amor. Y cuando reconoce esto ya está salvada en el tiempo y para la eternidad. Y, aunque la eternidad no entre en sus cálculos, porque no forma parte de su estructura de pensamiento, ideología o creencia, el amor a la vida real seguirá siendo motor de sus inquietudes y tareas más urgentes y sagradas en el aquí y ahora.

Dios no hizo la muerte

Mi fe en el Dios de Jesús me avisa de que no puedo amar a Dios si no amo al hermano (cf I Jn 4,20-21). Que en el amor a las criaturas es como mejor llego a amar al Creador, y como Él desea ser amado. En el cultivo y gozo de los bienes creados se nos ofrece el lugar privilegiado para encontrarnos con el Dios de la vida. La parábola de los talentos (Mt 25,1-30) nos cerciora de que cuanto hemos recibido por naturaleza del Creador es bueno en sí y para bien nuestro. Todo cuanto me hace más humano, en consecuencia, me hace más agradable al Dios de la Vida y más útil para mis hermanos. Así, amando la vida apasionadamente y con todas sus consecuencias, es como me identifico con el Creador, *cuyas delicias consisten en estar con los hijos de los hombres*, a su servicio; pues si no les interesara la vida de sus criaturas, ¿para qué las habría creado?

«Dios no hizo la muerte, ni se alegra de la perdición de los mortales. Pues todo lo creó para que sea; las criaturas del mundo son para bien nuestro; las fuerzas de la naturaleza no están envenenadas o sometidas a ningún reino infernal. Algo no pasa, y es la Justicia (Sab. 1, 13-15).

Dios creó al hombre para que no pereciera, y lo hizo inmortal, igual como Él es. Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y los que se pusieron de su lado, padecerán» (ib. 2,23-24).

En los textos que acabamos de citar subyace la fe en un Dios Creador, un Creador que ha creado por amor y para compartir su amor con las criaturas de sus manos. Algo así como afirmar que creer en tal Dios equivale a creer en el amor como origen y meta de cuanto existe. En consecuencia, quien cree en el amor, en el sentido que el término creer representa, se entrega al amor como valor eje de su vida, y en él busca las armas más eficaces para sus fines humanos. Porque creer en algo, en alguien, es esperarlo todo de aquello en que se cree, y no negarle nada de cuanto nos pueda solicitar para su más justa realización.

Que *Dios no hizo la muerte*, ha de ser entendido, en sano contexto, como afirmación de que la muerte no es enemiga de la vida, sino su cumplimiento y condición de plenitud. Nos libera del pensamiento trágico que afirma el absurdo de vivir para tener que morir. Nos abre a una nueva perspectiva que descorre el velo tétrico de la muerte, para que podamos ver en su fondo el triunfo luminoso de todos los auténticos valores de la vida, resumidos en el amor. Quien ha vivido del amor, en el amor y para el amor, al salir de este mundo sabe con sabiduría incuestionable que es el amor el que sostiene la vida universal, y, por tanto, en el universo permanece su vida particular en el triunfo del amor.

Dios no creó al hombre para que pereciera. Pero si el hombre, en su trayectoria temporal, se pone del lado de la muerte, padecerá en sí y hará sufrir a otros muchos por su falta de amor a la vida, de compromiso con todo cuanto es vivo. Así ha de entenderse *la envidia del diablo*: nadie da lo que no tiene; sólo quien es animado de un fuerte amor a la vida siembra vida en su entorno, a la vez que goza con ella.

El amor como sentido de la vida

Cuando alguien me dice que no cree en Dios, yo suelo preguntarle si cree en el amor. Tras algunas aclaraciones necesarias sobre el sentido de la palabra “amor”, tan

maltratada y malentendida en el uso corriente de la misma, llegamos siempre a la siguiente conclusión (que no sé si sería aceptada por los puristas en teología): entonces, amigo, hermano querido, si de veras crees en el amor, no necesitas creer en Dios. Pero ¡cuidado!: no te engañes a ti mismo. Si crees en el amor, ese amor que llena de sentido tu vida y la salva de las falsas concepciones de la existencia humana, no te conformarás con un vivir rutinario, sometido a las variantes del poder alienador, poder que somete a personas y pueblos creando necesidades inútiles, y desviándolos mediante promesas de felicidad que sólo se alcanzan renunciando a ser libre y responsable en tu propia vida.

Creer en el amor es inseparable de creer en la Libertad y la Justicia para todos. Si no vivo entregado con altruismo y solidaridad a la consecución de una sociedad mundial más justa y fraterna, no podré decir que creo en el amor. ¿Para qué un amor que no me hace más grande que yo mismo, al participar en la felicidad de todos, lo mismo que en sus desgracias? ¿Y quien podrá afirmar nunca que el conjunto de males terrenales que afectan a la vida humana, suman una realidad mayor que los bienes que le dan felicidad en su ser de comunión, único verdadero?

Sólo quien niega (en su praxis habitual) la dimensión comunitaria de la existencia humana puede ignorar que fuera del amor no hay salvación. Un ser humano que busca su salvación al margen y en olvido de la salvación de los demás, ha dejado de ser humano en el acto. Pues el instinto de conservación, en el ser humano, tiene fuertes lazos con el de la conservación de la especie. De modo que ser humano viene a significar vivir en amor responsable y solidario con el conjunto de sus congéneres.

Sólo cuando se ha creído con fe valerosa en el amor, sólo entonces, se ha vencido a la muerte en la experiencia del vivir humano. Cuando escuchamos decir que *el amor es más fuerte que la muerte*, ¿qué podemos entender sino que, quien ama como sentido de su vida, como su valor fundamental y su orientación más firme, no alberga en sí miedo alguno a la muerte, pues que

ésta ha sido desenmascarada de su poder sobre la vida? La muerte con todas las limitaciones humanas que la representan y contienen, no es más que un accidente en el contexto de la vida amada como tal. Porque sólo es mi vida, egoístamente sentida, como algo separado de la vida de los demás y del conjunto del universo, lo que pierdo al morir yo; pero mi vida, la verdadera, la que vivo en el amor de comunión con todo cuanto existe, ha existido y existirá, no desaparece con la muerte fisiológica del individuo amante. Antes de morir, bajo la luz de su intenso amor, ha sabido multitud de veces, con paz y gozo, que su ser ha de seguir vivo, tras de su muerte, dondequiera que haya vida y amor a la vida. Mi ser en comunión es mi único ser. Desde que el amor me ha hecho uno e inseparable con el universo, yo sólo moriré cuando muera totalmente el ser del universo.

Cada partícula del universo lleva en sí grabada la necesidad de amar y ser amado, como ley fundamental de cuanto nace, se reproduce y muere. El amor no es sólo don de sí, es también receptividad del otro. Y una prueba de que estamos en el recto camino del amor que nos salva, es que crecemos en la conciencia de estar vivos tanto cuando damos como cuando recibimos, de lo que somos y de lo que necesitamos de los demás. Esta es piedra de toque de un amor que ha vencido orgullos y egoísmos, que se sabe venido a este mundo para hacer crecer la vida por doquier; pero al mismo tiempo, y por ello mismo, se sabe necesitado de compartir esta necesidad básica de la condición humana: somos seres incompletos que caminamos hacia la máxima realización posible de nuestro ser individual, y cuya hambre de vida, de felicidad y de amor, sólo se va calmando -nunca del todo- en la necesidad del otro. El más humano de los humanos es aquel que sabe que nada es sin los demás.

Salvación eterna en el amor temporal

En la experiencia de una vida de amor que ha vencido - o va saliendo de - miedos irracionales, complejos enervantes,

ansiedades que desequilibran, dependencias que esclavizan y posesividades que atrofian el núcleo vivo del ser..., alcanza el humano a ser él mismo, en la conciencia de que nada le falta de cuanto de veras necesita para ser feliz y fecundo en su existencia temporal. No le preocupa su salvación eterna, porque ya se siente salvado en el amor universal y gratuito que profesa a las cosas, realidades y personas del día a día. Para él, si hay alguna salvación finalizado el plazo de vida temporal, no debe ser distinta a la que ya es suya en toda vivencia de amar y ser amado.

La salvación de hoy por el amor le da también la certeza de que su paso por este mundo no ha sido inútil; y si nada hubiere en el más allá al que creemos caminar, al menos en el más acá de sus años terrenales ha conocido y disfrutado del mejor -por más humano- sentido de la vida: el que se funda en el amor. ¿Que tengo que morir? En lo innegable de tal hecho vivo un aspecto importante de esa comunión universal en que consiste todo amor no negado: solidaridad en el bien y en el mal.

Morir con tales sentimientos en el corazón, sabiendo que la vida sigue, que muchos seres vivos son felices en este momento en que yo muero, y siempre habrá seres felices sobre la faz de la tierra. y que yo, con mi vida y con mi muerte, he pretendido legar algo bueno para el futuro de la humanidad ... no es un morir con conciencia de desaparición de la escena del mundo. Viviré en cuanto he amado, ¡que ha sido tanto!, y retornaré como cosecha de valores humanos en los nuevos brotes de la historia. Así siente su vida y su muerte quien cree en el amor.

Quien cree en el amor sabe que él es portador de energías vivas y vitalizadoras que otros necesitan de él. Sabe que su parcela de amor es necesaria para la buena marcha del conjunto de los seres creados. Y en tal parcela de amor cultiva sus valores individuales con mimo y constancia, con diálogo y discernimiento, a fin de aportar lo mejor de sí al mundo. Busca realizar lo mejor posible aquello que a él le corresponde, dentro de sus responsabilidades de todo tipo. El amor le dice

que mejor es no hacer una cosa que hacerla mal, puesto que la obra mal hecha tiene consecuencias negativas imprevisibles. Y, cuando llega a comprobar que ha obrado el mal que no quería, lo reconoce con humildad y sencillez, aceptando que eso es lo que le pide el amor: amar sus propias debilidades y contradicciones, pues forman parte de su ser en camino hacia sí mismo. La rebeldía contra los propios límites, amén de ser estéril, es una forma solapada de orgullo. Sólo amando mis debilidades las puedo convertir en fuerza creadora.

Amor de admiración, de compasión y de solidaridad

No me costó mucho trabajo ni tiempo comprender que lo más humano es el amor; es decir, que lo que me conduce a mi talla de hombre auténtico, en sí y para los demás, era la capacidad de mi amor abierto y entregado, tanto a la admiración de las bondades de las criaturas, cuanto a la compasión ante sus carencias que les hacen sufrir. Desde mi infancia, tan pronto tomé conciencia del mundo en que me había tocado vivir, he visto sufrir mucho a las personas de mi entorno, incluidas las más cercanas. Las he visto luchar por la vida en condiciones extremadamente precarias, pero repitiendo aquello que, de tanto oírlo, pasó a formar parte de mi estructura mental: *¡Al mal tiempo, buena cara!*

La fe cristiana, aliada a mi actitud observadora de la realidad, contando yo alrededor de los dieciocho años, me condujo a la conclusión de que, si en el mundo había tanto sufrimiento, lo propio de la fe habría de consistir en intentar poner bálsamo en tanta herida. ¿Para qué otra cosa más importante podría servir? Lo recuerdo como un hito luminoso en el proceso de mi madurez cristiana. No pensar tanto en mi dolor como en el dolor de los otros, a fin de estar disponible ante las llamadas de auxilio y solidaridad que me pudieran venir de las situaciones humanas, de cerca o de lejos. Y todo ello sin pretender ser salvador de nada ni de nadie, sino simple acompañante que, desde sus propios límites, se abre a los límites de los otros, para buscar juntos caminos de liberación.

Escuchar el grito del pobre, no cerrar mi carne a los sufrimientos de la carne hermana, me condujo a la que hoy valoro como la mejor síntesis de mi experiencia humano/cristiana. Dios me espera en el que sufre, sea por la causa que fuere, sin intentar jamás buscar responsabilidades personales en los orígenes del mal que aqueja a mi prójimo. No se me llamaba a juzgar, sino a compartir. Así se me fue insinuando, poco a poco, lo más grande, magnífico, divino del amor humano: la máxima encarnación posible en las condiciones del amado. Encarnación que significaba no pretender ninguna forma de salvación desde arriba, desde el poder que permanece en su trono, sino desde abajo, desde la aceptación lúcida de todas las consecuencias que conlleva el optar por los más desfavorecidos, en lucha y la esperanza por un mundo más fraterno, más respetuoso con los derechos fundamentales de los que tienen menos poder de cualquier tipo: político, cultural, adquisitivo, y de imagen social...

Todo esto porque yo había creído en Dios, en un Dios que es Amor y que, al revelársenos en Jesús de Nazaret, nos había puesto de manifiesto que no hay salvación fuera del amor encarnado. Quien cree en Dios cree en el triunfo del amor; y, quien cree en el triunfo del amor, ya no puede utilizar otras armas de combate contra el sufrimiento humano que las mismas que Dios ha utilizado en Cristo: la misericordia, la solidaridad, la compasión, la ternura, el perdón... ¡Pasión del amor divino que no rehúye sufrir con y por el amado! Y, al mismo tiempo, ¡revelación de que el amor divino es el más humano de todos los amores!

Me resultó ya imposible en adelante hacer distinción alguna entre amar a Dios y al prójimo. Entre un amor que tiene como meta la experiencia de fe, que es la unión mística, y este otro amor que responde a la necesidad de compartir la condición humana, ya en el placer de la intimidad, ya en el gozo de las bondades que adornan a las criaturas, ya en el hombro a hombro contra miedos, violencias, mentiras, tiranías

que hacen difícil la existencia humana y la convivencia pacífica universal.

Me es ya del todo imposible reconocer que soy amado de Dios, gozar mucho en dicho amor, saberme salvado desde ahora y para siempre por amor de dimensiones tan extraordinarias ..., y no salir al encuentro de tantos hermanos que, sepan o no que son amados de Dios, tienen algo de Dios para darme, y/o esperan algo de Dios a través de mí.

La diaria renovación en el amor

Lo que más agradezco hoy, en esta etapa final de mi vida, tras mi larga experiencia -necesidad- de amar y ser amado, y en ese encuentro renovado diariamente con el amor de Dios a través de la oración, es que toda vivencia humana de amor sincero, comprometido y no posesivo, no sólo no me ha alejado lo más mínimo de mi íntegra humanidad, sino que ha regado las raíces del humanismo más acrisolado. Estoy orgulloso de formar parte de una humanidad en marcha que, en medio de múltiples contradicciones, avances y retrocesos, sigue manteniendo en los más nobles de sus hijos el reclamo de la posibilidad de un mundo mejor, más habitable para todos, más respetuoso con el medio natural, y más sostenido en el valor de la dignidad humana por encima de todo otro valor.

Si no es posible negar que vivimos en *un mundo en quiebra*, no es el mundo en sí el que se desmorona, no son en sí los derechos humanos lo que se resquebraja, no es la dignidad humana la que ha perdido vigencia, ¡ni mucho menos!; sino las ideologías que han pretendido salvar al mundo prometiendo libertad y felicidad por medio de estructuras de salvaje competencia, abusos de poder, y la desconfianza mutua sembrada sutilmente entre culturas y razas por quienes, escondidos en sus búnkeres de anonimato, manejan el aprovechamiento de los bienes de la tierra en favor de minorías dominantes... En suma, por cuanto es contrario al amor.

Sólo quien cree en el amor puede seguir defendiendo la dignidad humana y un humanismo de contenido integral. Y, porque nunca han faltado -ni faltarán- mujeres y hombres que creen en el amor, y desde su creencia mantienen la esperanza combativa que no cede a los envites de los poderes autosuficientes, ambiciosos y violentos..., yo, por creer en el amor, creo también en la humanidad. ¡Nunca podrá existir la una sin el otro: no habría Humanidad en nuestro mundo si desapareciera el amor!

Creo también en Dios. Él se nos revela como Amor. Nos pide nuestro amor. Cuenta con nosotros para llevar a cabo su plan de salvación por el amor. Nos enseña a mar al estilo divino en el trato íntimo con Él, vivido en contemplación y proyectado en nuestra diaria actividad entre los hombres y mujeres de nuestro entorno vital. Nos conduce a ver el mundo como Él lo ve: un mundo que tiene soluciones para todos sus problemas, con tal de que examinemos dichos problemas a la luz del amor al prójimo, y no a la de los intereses de las minorías dominantes; poniendo el objetivo principal en el respeto a la dignidad humana y en la defensa de los derechos humanos, con especial cuidado por los que más sufren, víctimas de las grandes e injustas desigualdades de un sistema social desequilibrado, basado en la ley del más fuerte.

Desde esta fe que hace inseparable el conocimiento de Dios y el servicio liberador a la humanidad histórica, mi propia humanidad crece de día en día y se hace fuente de gozo incesante al constatar que no puedo vivir sin amar y ser amado, y que, cuando amo soy más yo mismo, aumenta la presencia de Dios en mí, y me hago instrumento de su Amor que todo lo penetra con su gracia restauradora.

Cuando el amor es el crisol en que se purifica el oro de todos los restantes valores de mi vida (religión, cultura, arte, afectividad...), estoy en condiciones de afirmar que todo cuanto me hace más humano me identifica más con Cristo/Jesús. El evangelio de Jesús el Cristo me ha conducido a una concepción del mundo, de la vida y del ser humano que nada tiene que ver con una ideología que pretenda dar

convincientes explicaciones (ni mágicas soluciones) a las graves cuestiones de la existencia. El evangelio de Jesús es una puesta en práctica del amor a todos sus niveles, es decir, en todas sus capacidades de respuesta al sentido de la vida y a la lucha por una humanidad más justa y fraterna a nivel global.

Tal puesta en práctica del amor, que es el estilo de cuantos son movidos por el Espíritu del Señor Jesús, lleva consigo la aceptación de la cruz, que no es un tormento desde que Él la hiciera suya, sino la manera común de vivir el verdadero amor, el amor gratuito, en tanto la Dignidad Humana no haya llegado a ser el Gobierno del Mundo.

*«Cristo nos enseña
que el amor no tiene
ruta de ida y vuelta;*

*que el amor es siempre
camino adelante
donde uno se pierde;*

*donde uno se pierde
y todos se encuentran
perdidos adrede;*

*que, en paz como en guerra,
quien ama es vencido:
¡Cristo nos enseña!»*

Es un poema de los años setenta del pasado siglo. Fue aquella una década de grandes intuiciones y vivencias maravillosas de profundo valor transformador para mi vida. En el testimonio que he querido resulte este escrito sobre lo humano del cristianismo, lo humano que el cristianismo ha potenciado en mi conciencia y actividad posteriores, viene a mi recuerdo otro poema de aquellos mismos años, que puede ser un buen punto final.

*«Amo a Jesús que nos dijo:
vosotros, hombres, valéis más
que las flores y los pájaros;*

*¡floreced para volar,
y volad para subir
hasta donde Dios está!*

*¡Estrenad cada día
colores y perfumes de alegría;*

*y sabed que, en el fondo de un abrazo,
encontraréis vuestro vivir más alto!»*

Dios, ¿más Humano que el propio Hombre?

La respuesta afirmativa a la interrogante que preside esta conclusión, me parece ser el mejor resumen del pensamiento que nos ocupa. Sí; Dios es más Humano que el propio Hombre. El Dios de Jesús, al revelarnos quién es Dios para el Hombre, lo ha hecho manifestándonos qué es el Hombre para Él. Podemos creer o no en este Dios. Pero no podremos jamás negar que, desde la fe en Dios, el humano es más grande que simplemente concebido como criatura racional, autoconsciente y libre ante su destino.

¿Quién es Dios para el Hombre, tal como se manifiesta en Jesús de Nazaret? La respuesta, siempre tímida ante tamaño contenido, es, que Dios, por amor al Hombre Él mismo se ha hecho Hombre y desea ser reconocido en el humano, en todas sus realidades y procesos, como quien ha querido compartir la suerte total de su criatura. Muy caro le costó a Dios hacerse Hombre. Pero el amor se le exigía. Dios no podía ser feliz en su gloria sin compartirla con alguien. Y ese alguien fue lo que la fe judeocristiana llama la Creación; y en ella, la criatura humana, centro y vértice de la misma.

De esta manera, al hacerse Dios Hombre entre los hombres, nos mostró el mayor destino del Hombre: llegar a ser

Dios. Y, cuando el Hombre renuncia a tal destino, degenera de sí mismo, empequeñece su talla humana al renunciar a su talla divina. Muy alto se le ha puesto al humano su listón, su cota, su marca. Mas al reconocerla, aceptarla y ponerse en camino, se descubre habitado de una energía superior, un fondo plusmarquista, que lo convierte en soñador y luchador, criatura animada por el motor de una esperanza invencible. Si estoy destinado a ser Dios, ¿por qué voy a renunciar a ello?

El humano creyente sabe que cuenta con Dios para llegar a ser Dios. No otro Dios en competencia de ambos entre sí. Sino Dios en Dios. Dios como Comunión en que todos los seres alcanzan su plenitud. Lo hemos sabido (creído) al ponernos en seguimiento de Jesús de Nazaret. Por eso reconocemos y proclamamos que:

*«Todo aquello que no me ayuda a ser más humano,
tampoco me acerca a Dios.*

Ser Humano es ser poroso a lo Divino.

*Cuando miro con amor a los ojos de un hermano,
es como si viera a Dios que me mira.*

*La diferencia entre Dios y el Hombre, es que éste
no es Divino por sí mismo.*

*La superioridad de Dios sobre el Hombre,
es que Él si es Humano por sí mismo.*

*Cuanto más y mejor se conoce el Hombre a sí mismo,
más y mejor descubre el Misterio
como parte inalienable de su ser.*

El Misterio del Hombre coincide con su vocación Divina.

Llegar a ser plenamente Humano es, pues, la tarea Divina por excelencia. Nos pide entrega de cuerpo y alma. Nos pide aceptar que Dios ha creído en el Hombre antes de

que éste pudiese creer en Dios. Y que, lo mismo que hacerse Humano fue aventura gigantesca del Dios Eterno, llegar a ser Divino es la única aventura humana digna de sí misma.

*Ser Humano, ¿no resulta
la empresa más difícil de este mundo?*

*¿No le costó la vida al mismo Dios
hacerse Humano? Pero...,*

*¿es posible pretender ser Humano,
y no morir en el empeño? Pero...,*

*¿es posible ser Divino
-como sólo Dios lo es-
sin empeñar la propia Divinidad
en conseguir la plena Humanidad?*

Conclusión. La aventura conjunta de Dios y el Hombre

La aventura conjunta de Dios y el Hombre es el mismo Hombre. El Hombre-Dios que es Jesús de Nazaret, no deja de recordarnos que todos estamos llamados a ser, como Él, cada uno, Hombre-Dios. Y que la tragedia del Hombre es renunciar, por olvido, negligencia o desprecio a tan alto fin. Pero nunca faltará a los humanos la fe de un Dios comprometido con la Humanidad Histórica en su proceso de llegar a ser Dios en Dios. Cuanto más se valore el humano a sí mismo, mejor descubrirá la dignidad sagrada que lo habita y el compromiso consigo mismo de no traicionar sus verdaderas metas.

Es entonces, cuando el ser humano se hace sensible a la altísima valoración que todo lo humano posee para Dios...; es entonces, cuando, a partir de lo pequeño de los hombres, dejándose impactar por lo divino que se esconde en lo más humilde y sencillo de los mismos, también en lo que ha sido afeado y desfigurado por el sufrimiento e injusticias seculares

(y aquí, sin duda, más)..., cuando estoy en las mejores condiciones para colaborar con Dios en el triunfo del Hombre, o si se quiere, para colaborar a que aparezca cuanto hay de Dios en el Hombre. Jesús de Nazaret creyó demasiado en el Hombre, como base de nuestra auténtica fe en Dios.

*JESÚS, ¿creyó demasiado en el ser humano?
¿Confió demasiado en la bondad del ser humano?
¿Se dio cuenta de lo mucho que exigía al ser humano
cuando lo llamó a vivir en libertad?
¿Se percató del riesgo que corría de quedarse solo
cuando invitó a los que quisieran seguirle
a vivir en actitud de búsqueda constante,
asumiendo el riesgo del camino a la intemperie,
no permitir que el miedo, ninguna forma de miedo,
paralizase su audacia, su creatividad y entrega
a una pasión de vida,
en cuyo fondo habría de encontrar lo mejor de sí mismo?*

*Jesús, creyó firmemente en el ser humano,
porque primero había creído plenamente en el Amor de Dios.
¡No es posible creer en Dios Creador,
Padre/Madre del ser humano,
y no creer con la misma fe en su criatura,
en quien ha depositado lo mejor de su imagen divina!*

*Jesús nos enseñó que no es posible amar a Dios,
al que no vemos,
si no es amando al ser humano, al que sí vemos.
Y que, creer y amar, son una misma cosa,
desde que Dios ha creído en el ser humano
depositando en sus manos su Creación, su Amor
y su Gloria Eterna..
¡Nadie puede dar gloria a Dios quitándosela al ser humano!
¡Nadie puede emprender el camino hacia Dios
sin pasar respetuosamente,
reverencialmente, por el ser humano!*

*Creer en Dios y creer con el mismo acto de entrega
en el ser humano,
es la fe que mueve montañas;
montañas de odio y de olvido,
montañas de autosuficiencia y afán dominador.*

*Jesús creyó demasiado en el ser humano;
porque toda fe verdadera tiene ese componente de demasía;
porque el mucho Amor de Dios que lo impulsaba
le revelaba que Dios no quiere nada sin el Hombre;
y que, en el más sagrado respeto
al más pequeño de entre los hombres,
se contiene la mayor energía del Universo,
capaz de hacer nuevas todas las cosas.*

FE Y POESÍA

Cf. ANTONIO LÓPEZ BAEZA, *Obligado Testamento*. Prefacio (También obligado)

« (...) De modo que, dime qué contiene tu testamento, y te diré el color, el sabor y el valor real de tu existencia. Por otro lado, no estoy completamente cierto de tener herederos; pero aún si no los hubiere, lo mejor de mi vida no se puede quedar sólo para mí.

Sintiendo el final próximo, acercándose con los pasos sigilosos del propio cansancio acumulado, yo, no sólo he tenido necesidad, sino obligación, de hacer testamento. Me despido de esta vida con acción de gracias. Y es tanto lo que he recibido de ella, en ella y con ella, que no quisiera que fuese sólo para mí.

En un resumen muy apretado de los bienes que lego (o me gustaría legar) a la posteridad, en el poemario que sigue, rastreador de dos meses de mi vida última, intensamente volcada en el afán de responder a lo que la vida misma me pide en este momento -la edad avanzada- de mi existencia temporal,

aparecen y desaparecen, entre los trazos negros que enmarcan y realzan los momentos más luminosos, la fe, la amistad y la belleza, valores/fuerza inalienables, que me confirman que ha valido la pena tanto amar, tanto sufrir. Ellos, los que ahora quisiera dejar a mis posibles herederos, me han devuelto, muchas veces, la confianza perdida en mí mismo y/o en los demás.

En Archena (Murcia) a uno de septiembre de dos mil quince, yo, Antonio López Baeza, sin más notario que el amor a la vida (que es mía por compartida), digo que me voy, me voy, ¡pero me quedo! ¡Es demasiado grande el amor para que no sea vivenciado como universal y eterno!».

Ha valido la pena

HA valido la pena
venir a este mundo,
para tener unos padres
como los que me diera el destino.
Ha valido la pena, y lo repito,
cantar por los caminos;
llorar sobre los campos
baldíos, y comer
el gozo de los frutos compartidos.
Ha valido la pena creer que,
en este mundo,
cabemos todos,
si sabemos hacer a los que vienen sitio.
Ha valido la pena descubrir que,
la muerte,
caminante conmigo,
me ha enseñado a gozar
de lo bueno presente,
y a mirar el futuro
como mundo de abrazos
de mis huellas nacido.

Mi vida

HE agotado mi vida
como se agota un amor
que nada más quiso ser.

Vivir sin amor, no puedo.

Y, tampoco, vivir quiero,
si no es hallando mi vida
-la que por perdida diera –
compartida, repetida,
en muchas vidas de amor.

¡Qué hermoso!

¡QUÉ hermoso es esto, Dios mío,
qué hermoso es esto!

Esto cuanto he vivido.
Todo cuanto he amado.
El dolor que, en mi carne,
abrió surcos sagrados.

Esto que hoy soy y que me hace
divino por humano.
Haber perdido el tiempo
en vivir insensato:
gozoso de lo poco;
de lo mucho, olvidado.

Qué hermoso haber sabido
-y doy fe con mi canto –
que, quien de amor no muere,
a vivir no ha empezado.

TEMAS PARA LOS PRÓXIMOS NÚMEROS

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar a las siguientes direcciones de correo: (redaccion@carlosdefoucauld.es) o (maikaps73@gmail.com).

La dirección del Boletín se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, al momento más oportuno y conveniente.

Año 2019 octubre – diciembre n. 203

EL CRUCIFICADO Y EL CORAZÓN ABIERTO

«Presentad vuestras vidas como sacrificio existencial» (Rom 12,1)

Año 2020 enero-marzo n. 204

ASAMBLEA INTERNACIONAL DE LA FRATERNIDAD SACERDOTAL.
CEBÚ (FILIPINAS). Enero 2019.

NOTA DE ADMINISTRACIÓN

El BOLETÍN se sufraga con los donativos de los suscriptores. Desde la administración hacemos una llamada a la generosidad.

En estos últimos años se está haciendo un gran esfuerzo en la edición digital que los interesados pueden consultar a unos meses de la edición papel. A éstos también hacemos una llamada a la colaboración económica.

La economía modesta del BOLETÍN es imprescindible para ofrecer este servicio de comunión de las diversas familias y para mantener vivo el carisma.

UN LIBRO ... UN AMIGO



AUTOR: ANTONIO LÓPEZ BAEZA
TÍTULO: *Por una Iglesia al servicio del mundo. Compartir la alegría de la fe.*

EDITORIAL: Desclée de Brouwer

FECHA DE EDICIÓN: 2018.

LUGAR: Bilbao.

«Bienaventurados los indignados porque llenaron calles y plazas de esperanza» (*Un cristiano es un indignado*, 2015. inédito)

Presentamos con emoción el último libro publicado por el autor pocos meses antes de su muerte. El título y subtítulo son toda una lección de eclesiología del Vaticano II. «Por una Iglesia al servicio del mundo» es eco de otro título «Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada» del también hermano de la fraternidad sacerdotal y obispo de Partenia, Mons. Jacques Galliot. El subtítulo, muestra en síntesis, el ministerio del autor dedicado con empeño a construir la comunión y a vivir con gozo la experiencia del amor que hunde sus raíces en Dios. El ensayo, desde el principio, en diez capítulos, sitúa al autor «al servicio del pueblo». Los restantes nueve capítulos se presentan en tríadas. Una, presenta los noes al clericalismo, a la predicación indoctrinadora y a la liturgia ritualista. Otra, dedicada a los síes, ofrece tres convicciones: por una iglesia pobre y de los pobres, el cultivo de la vida interior, y la evangelización llevada a cabo desde la comunidad. Por último, el libro se cierra con tres acciones de gracias: porque Dios cuenta con nosotros para la salvación, porque Jesucristo es modelo de humanidad, y por haber conocido y servido a un Dios que es amor.

MARÍA DEL CARMEN PICÓN

Fraternidades del Hermano Carlos de Jesús en España

REDACCIÓN BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: redaccion@carlosdefoucauld.es

ADMINISTRACIÓN DEL BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: administracion@carlosdefoucauld.es

ASOCIACIÓN C. FAMILIA DE FOUCAULD EN ESPAÑA

c.e: asociacion@carlosdefoucauld.es

WEBMASTER PÁGINA WEB

c.e: webmaster@carlosdefoucauld.es

COMISIÓN DE DIFUSIÓN

c.e: difusion@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SECULAR “CARLOS DE FOUCAULD”

c.e: fraternidadsecular@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD

c.e: fraternidadcarlosdefoucauld@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

c.e: fraternidadiesuscaritas@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SACERDOTAL “IESUS CARITAS”

c.e: fraternidadsacerdotal@carlosdefoucauld.es

COMUNITAT DE JESÚS (Asociación privada de fieles)

c.e: comunidaddejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DE JESÚS

c.e: hermanosdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DE JESÚS

c.e: hermanitasdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

c.e: hermanitasdelsagradoCorazon@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DEL EVANGELIO

c.e: hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es

UNIÓN-SODALICIO CARLOS DE FOUCAULD

c.e: union@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DE NAZARET

c.e: hermanitasdenazaret@carlosdefoucauld.es

SUMARIO

EDITORIAL

- Agua de muchos veneros /venidos de un sol remoto.
Manuel Pozo Oller 5
- Oda a Cristo Resucitado. Antonio López Baeza..... 8

TESTIMONIOS Y EXPERIENCIAS

- Al fin de la jornada. Antonio López Baeza 10
- A la sombra de los almendros en flor.
B. López-Andreo. 11
- La poesía y la mística como biografía. J. Fernández 14
- Colaboraciones de Antonio López Baeza en nuestro
Boletín (1977 - 2015) 17

EXISTENCIA CRISTIANA Y PLENITUD HUMANA.

REALIZARSE COMO PERSONA EN EL

SEGUIMIENTO DE JESÚS.

- Antonio López Baeza 19
- Porque he creído en el amor 20
 - I.Punto de partida: Lo humano es el nosotros..... 21
 - II. Caminar desde Cristo 34
 - III. Todo cuanto me ayuda a ser más humano,
me hace más cristiano 43
- Fe y Poesía. Obligado Testamento 62

TEMAS PARA LOS PRÓXIMOS NÚMEROS 65

UN LIBRO ... UN AMIGO 66

familias CARLOS de JOURNAL